

# Novcientos noventa y nueve

Cástulo Aceves



# **NOVECIENTOS NOVENTA Y NUEVE**

**CÁSTULO ACEVES**

Novecientos  
noventa y nueve



**PARAÍSO  
PERDIDO**  
EDITORIAL

©2018 Cástulo Aceves

©2018 Editorial y Servicios Editoriales  
Paraíso Perdido S de RL de CV  
*Avenida Arcos 347-2  
Guadalajara|México|44130  
hola@editorialparaisoperdido.com*

PRIMERA EDICIÓN, NOVIEMBRE 2018

CORRECCIÓN ORTOTIPOGRÁFICA  
**typotaller**

IMAGEN DE PORTADA

©Armando Ordóñez

DISEÑO DE LA COLECCIÓN  
Antonio Marts /  
**typotaller**

ISBN

978-607-8646-10-4

«Este libro se realizó con apoyo  
del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes  
a través del Programa de Fomento  
a Proyectos y Coinversiones Culturales 2017».

Se autoriza la reproducción de este libro  
total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro,  
siempre y cuando sea para USO PERSONAL y SIN FINES DE LUCRO  
y citando al AUTOR y a la EDITORIAL.

IMPRESO Y EDITADO EN MÉXICO

*A Lizeth, Marlene Sofía y José Ángel,  
que lo son todo, quienes me salvan del abismo.*

...por los avatares de una accidentada investigación policíaca, le había tocado conocer por dentro el mundillo literario de su país, más pestilente aún que el de París en tiempos de Balzac, y mientras iba de un sospechoso a otro siguiendo pistas equivocadas había sufrido una larga cadena de decepciones, hasta perder la fe en los escritores.

*El miedo a los animales,*

ENRIQUE SERNA

Los niños, los jóvenes, cantaban y se dirigían hacia el abismo. Me llevé una mano a la boca, como si quisiera ahogar un grito, y adelanté la otra, los dedos temblorosos y extendidos como si pudiera tocarlos.

*Amuleto,*

ROBERTO BOLAÑO

# 1

Aquella madrugada en que cayó un escritor desde el décimo quinto piso fue el primer paso hacia el abismo. Me despertó el sonido de la alarma, eran las seis y media de la mañana. La apagué aún adormilado y di la vuelta estirando la mano: ella no estaba, en siete meses no me había acostumbrado a su ausencia. El clonazepam hacía que despertar fuera tan pesado como salir de una trampa de arena. Me quedé dormido veinte minutos más. Solía levantarme con migraña, por lo que el camino para recoger a mi pequeña de tres años, de la que había sido mi casa, era en sí una tortura. Siguiendo la rutina de los últimos meses, apenas toqué el timbre, mi casi exesposa salió a entregármela. Traía la pañalera en el hombro y me recriminó porque otra vez era tarde. Insistía en que debía pasar, a más tardar, a las 7:15, no solo porque el desayuno en la guardería era a las ocho en punto, sino porque ella llegaba tarde a su trabajo al otro lado de la ciudad.

—Apenas es la media —dije mirando el reloj—, ¿cómo estás?

—Me siento muy mal, tengo la presión baja y casi no dormí —respondió acariciando su vientre.

—Solo quedan dos meses para que nazca —agregué en un intento de consuelo.

—Ya váyanse por favor —contestó con enojo.

Alcé a la niña en brazos y la subí al auto.

Íbamos de camino cuando sonó mi celular, era el Lamebotas. Pensé que era demasiado temprano para que empezara a chingar. Teníamos ya años con sobrecarga de trabajo, todos los días había más casos de gente desaparecida, de robos, homicidios y cuerpos descuartizados dejados en cualquier calle. Al igual que todos mis compañeros en la Fiscalía, estaba exhausto y harto.



Respondí cuando marcó por tercera vez.

—¿No puede esperar a que llegue a la oficina?

—Debes presentarte en Puerta de Hierro —dijo con calma, sin responder a mi tono que intentaba ser de reclamo—, en este caso has sido requerido tú específicamente, alguien cayó de un décimo quinto piso. Repórtate en el edificio Torre Maya, en avenida Empresarios cuanto antes. —Me extrañó que me solicitaran, incluso pensé por un momento que era una broma.

Llegué a la guardería cinco minutos después de la hora en que empieza el desayuno, pero las chicas que reciben a los niños me dijeron que ya no alcanzaba comida, que ya eran muchas veces y tenían órdenes de no aceptarla a esas horas si no venía alimentada. Estaba tentado a sacar mi identificación de policía y gritarles que tenía un asunto oficial, pero no fue necesario. Mi hija, al ver mi rostro, pareció entender lo que venía y con mucha tranquilidad les dijo que no tenía hambre, que así estaba bien. Ellas se compadecieron y me repitieron, entre dientes, que era la última vez. Al salir, di un portazo que resonó en toda la calle. A los pocos minutos me marcó la directora: había dañado el candado eléctrico y me cobrarían la reparación. Compré una Coca-Cola *light* y unos Pingüinos en la tienda de la esquina, tomé un par de pastillas de omeprazol del frasco que guardaba en la guantera y emprendí el camino desde Plaza del Sol hasta Puerta de Hierro.

Arribé al lugar casi a las diez de la mañana: si odias a alguien mándalo a recorrer avenida Patria en hora pico. El edificio se encontraba en la calle Empresarios, antes del inmenso coto de Puerta de Hierro, en ese pedazo de la ciudad que ya no parece Guadalajara, sino alguna urbe norteamericana. En la calle los forenses apenas se desperezaban con café, insensibles ante la mancha de vísceras y sangre desparramada en el pavimento. Uno de ellos se esforzaba por dibujar una silueta que pareciera, aunque fuera remotamente, un cuerpo. Entrar al lugar fue como pasar por la frontera.

—Agente investigador Nepomuceno Castilla —le repetí tres veces al guardia antes de que finalmente lo escribiera bien. Noté una sonrisilla en su rostro, me era conocida esa expresión. Se quedaron con mi identificación y me hicieron pasar por un detector de metales. Dejé mi pistola encargada allí, estaba casi nueva, fuera de un par de prácticas al año nunca la había usado.

Subí los 15 pisos en un elevador que se veía modernísimo: en vez de botones usaba una pantalla digital que además mostraba noticias financieras y

de política. Lo único que rompía el plateado impecable era la certificación de seguridad, un letrero de plástico con la información de la última vez que fue revisado el aparato acompañada de la frase «Daría mi mano derecha porque usted esté seguro, la izquierda ya la di». Era el eslogan de una empresa dedicada a certificar ascensores que se hizo famosa unos años atrás.

Me llamó la atención lo silencioso del pasillo. En situaciones así te encuentras con los vecinos platicando a la espera del chisme, abrazándose unos a otros o destrozando la memoria de quien hubiera muerto, con niños correteándose y mascotas ladrando a todos los policías. Aquí solo había puertas cerradas. En el departamento del cual había caído el occiso los forenses se dedicaban al levantamiento de indicios. Un par de policías municipales me vieron con recelo, lo que era usual cada que nos llamaban a los de Fiscalía. Uno de ellos me pasó el informe de muy mala gana. La empresa de seguridad del edificio dio parte a las autoridades, la policía de Zapopan llegó en unos cuantos minutos y se encargaron de localizar el departamento desde el cual creían había caído aquel hombre.

No encontraron a nadie. Aseguraron la escena y nos notificaron. Ninguna persona había salido desde por lo menos una hora antes de la caída, y tampoco ningún visitante había entrado en toda la noche.

Me asomé por el balcón aferrado al barandal. La vista de la ciudad desde allí sería grandiosa de no haber sido por la contaminación, todo lo que se alcanzaba a ver era una enorme mancha de *smog* hasta el horizonte. Al regresar al interior del departamento observé en silencio la escena. Todo estaba en perfecto orden a excepción de tres números nueve pintados en la única pared sin un cuadro o foto.

La voz aguda y potente del comandante Rubio me sacó de mis pensamientos. Tenía sus ojos puestos en mí, parecían diminutos en medio de la carne acumulada en el rostro y la papada. Recordaba más a un conductor de autobús que a una autoridad policíaca. Atrás venía su *Lamebotas*.

—Se preguntará qué hace usted aquí, Castillo. —Forcé una sonrisa, ya hacía mucho que me había cansado de repetirle que mi apellido es con a al final.

—Exactamente, comandante —contesté observando el sudor en sus axilas y su prominente barriga. Toqué mi propia panza; al ritmo que iba pronto lo alcanzaría.

—Lo asignamos a este caso en particular porque se supone que usted es el experto en este tipo de temas, mínimo desquite lo que invertimos en usted.

Yo estaba harto de ese chiste que era en realidad un reclamo. Se refería a un diplomado en asesinos seriales que había tomado en la Universidad Estatal de Michigan cinco años antes, justo cuando él fue promovido. Me había ido con el apoyo de mi anterior jefe, y al regresar me encontré no solo con el enojo de Rubio, quien aseguraba que la Fiscalía no estaba para ese tipo de gastos, sino que estaba convencido de que yo no había probado merecer tal inversión. Además solía repetir que «ese tipo de locos» eran un problema de los gringos, aquí mis estudios eran un desperdicio.

—El muerto es un escritor llamado Raúl Volta —dijo alcanzándome una carpeta—, ha de ser famoso porque me despertaron a las cinco de la mañana. Además los administradores del edificio nos han pedido que seamos lo más discretos y rápidos posible. Necesito este caso resuelto a la brevedad, es obvio que esto fue un suicidio, típico de esta gente.

—¿Esta gente?

—Ya sabe, los que se la viven en libros.

—¿Y qué me dice de ese número en la pared? —pregunté apuntando con la carpeta en mi mano como si fuera un detalle sutil.

—¿Qué con eso? —respondió moviendo su cabeza— Una prueba más de que estaba trastornado y por eso se dio un clavado al pavimento.

—Pues si está tan seguro del suicidio, ¿por qué quiere que yo lo investigue? —cuestioné mirando superficialmente las hojas en mis manos.

—Por esto —dijo Rubio y me pasó otra carpeta. La fecha en el documento indicaba un par de meses atrás, era el caso abierto sobre la desaparición de una mujer. Levanté el rostro para toparme con la expresión de pocos amigos del comandante y el Lamebotas, seguí leyendo ante su silencio. Finalmente encontré la razón para asignarme, esa mujer era profesora de literatura y, además, escritora.

—¿De verdad creen que haya una relación? —pregunté extrañado de la perspicacia de mi superior, él solía exigirnos resolver los casos por la vía más simple. Mi costumbre de buscar relaciones entre casos de homicidio para encontrar patrones era algo que él odiaba.

—¡Claro que no! —respondió Rubio como si yo hubiera dicho una tontería—. Pero algunas personas importantes están presionando, quieren que

aseguremos que es casualidad que dos escritores hayan muerto en el lapso de unas semanas. Cierre pronto el caso Castillo, ya sabe que hay mucha chamba en la oficina.

Me quedé inmóvil y pensativo mientras él salía del departamento con el lamebotas detrás. Apenas vi la sombra paquidérmica del comandante Rubio atravesar la puerta, me dediqué a ayudar a los forenses a levantar indicios.

El orden en la habitación era desconcertante: la ropa estaba perfectamente doblada junto a la cama, en las maletas no encontré más que prendas de vestir, en una mochila solo libros, la *laptop* permanecía en un escritorio, encendida y bloqueada. Lo usual en estos casos es encontrar una nota o carta póstuma, pero aquí incluso había una taza con café a la derecha del ratón. Todo señalaba interrupción: la escena no cuadraba con alguien que intentó acabar con su vida. Guardé la computadora para que la revisara el área de Policía Cibernética. No encontramos su celular, lo cual nos complicaría el rastreo de llamadas y contactos que tuvo.

Según los de la empresa de seguridad privada, la víctima llegó poco después de las cuatro de la tarde del día anterior y después no tuvo visitas. Además, no salió ni entró nadie ajeno al edificio. Cuando empecé a interrogar a los vecinos me sorprendió la indolencia de cada uno de ellos, se mostraban irritados por ser interrumpidos en sus rutinas. Incluso algunos me amenazaron con usar sus influencias para que los dejara en paz. Parecía un lugar perfecto para matar a alguien. Después de intentarlo con algunos vecinos decidí dejar eso para después, perdería por lo menos un día en obtener declaraciones.

Regresé al interior del departamento. En ese momento pensé que era fácil establecer un suicidio, pero había algo que no me cuadraba. Con una hipótesis, más cercana a un presentimiento que a una certeza, busqué señales de lucha. No vi rastros de que la puerta hubiera sido forzada ni de una pelea cuerpo a cuerpo. Cuando ya daban las cuatro de la tarde recibí una visita: el senador Fernando Bianchi en persona, mi anterior jefe.

—¿Cómo vamos? —preguntó mientras entraba al departamento. Sus guardaespaldas se quedaron en el pasillo.

—Creo que fue homicidio —respondí dudando de si Rubio ya había hablado con él.

—¿Está seguro? —insistió.

—Aún no —confesé.

—¿De verdad cree que alguien lo arrojó? —expresó al asomarse al balcón—. Si vas a matar a alguien, nada tan fácil como una bala.

—Supongo —contesté sorprendido de su cinismo—. ¿Puedo ayudarle en algo? —pregunté procurando mantener una sonrisa amistosa, noté en su mirada que él no se acordaba de mí.

—Estoy por comer con mi hijo, vive en el edificio —comentó mientras miraba fijamente los tres números nueve en la pared—. Pensé que tal vez podía pasar a saludar a quien fuera que estuviera a cargo, ya sabe, por los viejos días en la Fiscalía General.

—Claro. ¿Cree que su hijo quiera dar declaración? Todos en este edificio han estado reacios a siquiera abrirme la puerta.

—Me temo que ayer no se encontraba aquí —respondió—, estaba de viaje y llegó hace un par de horas, dudo que pueda decirle algo útil. La comida es para charlar con él y verlo. Ya sabe, podrán tener tres décadas pero siguen siendo nuestros pequeños niños.

—Entiendo.

—Pero, debo confesar algo —dijo antes de emitir un suspiro—, la curiosidad no es lo único que me ha traído aquí. Supongo que ya le informó su comandante de la escritora desaparecida hace dos meses. La Universidad ya estaba haciendo presión, pero la noticia de que falleció un escritor famoso se regará como pólvora. Además, están los dueños de este edificio que se preocupan mucho por su imagen. Varias personas me han pedido que intervenga.

—Puedo imaginarlo —comenté suponiendo a donde iba esa conversación.

—¿Cuánto necesita para resolver el caso? —agregó después—. ¿Cinco días?, ¿una semana?

—No lo sé —dije intentando verme ecuánime—, no solo estamos desbordados de casos, sino que el plazo para resolver un crimen de estas características suele ser de por lo menos tres meses. Una semana parece una locura.

—¿Tres meses? No chingue —comentó dándome una palmada en la espalda—. Esto es una asignación sencilla, aquí no hay mucho que investigar. Apenas es lunes, resuélvalo para el fin de semana. La Feria Internacional del Libro empieza en trece días, ya me llamó su directora en persona y no quieren a la gente nerviosa.

—Lo veo difícil —respondí sin ánimos.

Él sonrió guiñándome un ojo, con una expresión que me pareció demasiado ensayada, y salió del lugar.

Seguí buscando indicios, parecía que estaba en esta investigación solo para confirmar una historia oficial que permitiera salir del paso. Después de un rato de analizar la escena, me llamó la atención un libro tirado bajo el sillón. Se llamaba *Los investigadores terribles* escrito por Arturo Belano. Nunca había oído de él. Tomé el libro, el lomo tenía marcados los dobles, separadores de páginas en diversos lugares y se veían anotaciones en los márgenes. No tenía manchas de sangre o algo que sugiriera que fuera relevante, por lo que lo puse sobre la mesa.

Faltaban cuarenta minutos para las seis, pensé que tenía tiempo de sobra para pasar por mi hija a la guardería. No contaba con que el tráfico de avenida Patria era, después de las cinco, tan terrible como el de la mañana. Llegué casi una hora tarde. No me molestó tanto el pagar recargos, ni las miradas acusadoras de las muchachas que entregaban a los niños por la tarde, sino la discusión con mi casi exesposa donde me reiteraba la importancia de los horarios y mis responsabilidades. Al llegar a mi departamento di un par de golpes en la mesa de la cocina antes de tomar mis pastillas, cené media caja de cereal, un par de cápsulas de omeprazol y mis medicamentos para dormir. La rutina de un día cualquiera, excepto que aquel caso seguía en mi cabeza. La imagen con los tres nueves flotaba ante mis ojos cuando ya solo quedaba oscuridad en el cuarto.

## 2

Llegué a las oficinas del ministerio público en la Zona Industrial tras repetir la rutina matutina: la migraña, recoger a mi hija y la presión del tráfico. Yo pertenecía a la Unidad de Investigación de Homicidios Dolosos, la cual se encontraba, al igual que otras, saturada de trabajo. Simplemente llegar a mi cubículo era abrumador: columnas de carpetas de anillos y folders se levantaban hasta casi medio metro en el escritorio, cajas de archivo ocupaban todo el suelo. Sentarme en la silla era un logro. Sin embargo, esa mañana había un detalle distinto: en el teclado de mi computadora estaba un mensaje, el comandante Rubio quería verme apenas llegara. No me sorprendió tanto su interés en el caso, sino que estuviera antes del mediodía en la Fiscalía, incluso había llegado antes que yo. Realmente estaban presionándolo.

Toqué la puerta de su oficina y me abrió el Lamebotas con una sonrisa que me recordó a una zarigüeya, una recién despanzurrada en la carretera. El lugar era enorme comparado con los cubículos amontonados en nuestra área de trabajo. Un par de litografías de Salvador Dalí adornaban las paredes, acompañadas de numerosas fotos enmarcadas de mi jefe con distintos políticos y burócratas. Él, con su masa acomodada con desparpajo sobre la silla giratoria, detrás del amplio escritorio que permanecía perfectamente ordenado, con solo una bandeja de pendientes y una *laptop* plateada de última generación, esperaba a que yo tomara asiento.

—¿Qué encontró, Castillo? —preguntó desde el fondo de una garganta rodeada de tanta papada que no permitía la ilusión de movilidad.

—No mucho, creo que fue homicidio, pero tampoco se puede descartar la línea del suicidio.

—¿Qué lo hace pensar en un homicidio? —Reviró con su rostro brillante de sudor.

—Los indicios muestran que lo interrumpieron mientras trabajaba en su computadora, además no encontramos medicamentos que insinúen algún padecimiento mental, tampoco nota alguna de despedida.

—Tengo entendido que la empresa de seguridad declaró que nadie entró ni salió del edificio sin identificarse, aseguraron que no recibió visitas.

—Es un edificio muy grande, el asesino bien pudo entrar acompañando a un condómino, o incluso ser alguno de ellos.

—¿Está acusando a los habitantes de uno de los edificios más exclusivos de la ciudad de ser asesinos? —gritó el comandante dando un fuerte manotazo en la mesa.

—No podemos descartar la posibilidad, además es desconcertante que no encontráramos rastros ni de su celular ni de la lata de pintura con que se escribieron los tres nueves en la sala.

—¡Y dale con ese pinche número! —gritó de nuevo dando ahora un golpe con el puño en la mesa—. Pudo haberlo pintado en pleno estado de locura, incluso puede ser que ya estuvieran pintados allí desde antes. La gente de dinero tiene gustos peculiares para adornar.

—Los forenses me aseguraron que la pintura tenía menos de doce horas, bastó rasparla un poco.

—Pudo haberlos arrojado desde el balcón antes de lanzarse él — interrumpió el Lamebotas—, desde el décimo quinto piso seguro se hicieron cachitos.

—Los forenses inspeccionaron el área cuidadosamente —respondí con una mirada equivalente a una mentada, no necesitaba de sus «inteligentes» deducciones.

—El problema —comentó Rubio resoplando como toro de lidia—, es que usted ya le dijo al senador Bianchi que en cinco días resolvería el caso.

—Él me asignó ese plazo, yo le respondí que teníamos demasiado trabajo.

—Pues parecía muy convencido de que usted cumpliría. Pero no se preocupe, si no lo logra sencillamente le asigno el caso a otro investigador — Después amplió sus labios en una sonrisa—, y así tendré un motivo para chingármelo.

—¿Puede alguno de mis compañeros apoyarme a levantar declaraciones en el edificio? —insistí antes de que terminara por correrme de su oficina. Él me miró alzando las cejas, pensé que volvería a gritar, pero le dio la orden al



Lamebotas de asignar esa tarea a alguno de mis compañeros.

Mientras caminaba de regreso a mi escritorio repasaba sus últimas palabras. «Chingarme» ya no era solamente despedirme que, considerando la situación con Esther y que estaba por tener un hijo, era una terrible amenaza, pero además implicaba que me podría bloquear para casi cualquier otro trabajo, o incluso, inculparme de algo. No sería la primera vez, había sido testigo de compañeros que terminaron en la cárcel solo por enfrentarlo. Tenía años en su mira, a veces pensaba que era una especie de *hobby*: hacerme la vida nefasta.

Al regresar a mi cubículo encontré una hoja del calendario del mes pegada con cinta adhesiva a mi monitor. El viernes en que se cumpliría el plazo del senador Bianchi tenía una equis marcada en rojo. Los chismes del «radiopasillo» se propagaban con velocidad. La carrilla y bromas pesadas eran comunes en las fuerzas policíacas y nuestra área no era la excepción.

Seguí la investigación sobre el escritor muerto en los sistemas policíacos. Prácticamente no encontré nada, nunca había sido arrestado. Seguí con los buscadores de internet y en redes sociales: sus primeros premios literarios los obtuvo a los 16 años, su primera novela la publicó a los 19, reseñas de sus libros que declaraban que Raúl Volta era «un terremoto en la literatura mexicana, una hecatombe que cimbraría a las letras hasta volverlas polvo de imprenta». Leyendo distintas páginas que compartieron la noticia de su deceso, entendí parte de la presión para resolver el caso. El libro que estaba por estrenar era una especie de novela, al mismo tiempo que reportaje, sobre un caso de secuestro de hacía unos años. Dejaba mal tanto a políticos como al sistema judicial. Para ese momento ya algunos aseguraban que lo habían matado como venganza.

Lo siguiente era entrevistar a familiares, amigos y compañeros de trabajo para saber si el probable suicida tenía problemas amorosos, económicos o médicos. O en caso de asesinato, para saber si tenía enemigos. Según su agente literario, el escritor estaba en la ciudad de visita, dando un curso llamado «Cómo escribir novela de no ficción», que iba a concluir en pocos días. Después se quedaría un par de semanas más, hasta el final de la Feria Internacional del Libro. Venía adjunta una numerosa lista de actividades. Cuando le cuestioné por qué se quedó en un departamento en vez de un hotel, me respondió que el mismo Volta se lo había solicitado, no era la primera vez

y al parecer tenía predilección por esta opción ya que sentía más tranquilidad. No me convenció del todo.

Mientras más información obtenía, menos claro era el panorama. La víctima era un escritor prolífico, cosmopolita e inteligente, se movía en los círculos correctos y parecía lo suficientemente ambicioso como para entablar amistad con quien debía. Tan solo entre familia, colegas y conocidos, me configuraban una lista enorme. Después de pasar toda la mañana frente al monitor no tenía ninguna respuesta, pero había empeorado mi migraña.

Dado que la mayoría de sus allegados estaban en Ciudad de México, pensé en revisar sus redes sociales. Esa parte de la investigación la conducían los del Departamento de Policía Cibernética, pero era una solicitud que, debido a la carga de trabajo y la misma burocracia, tomaba por lo menos una semana. Podía intentar presionar a Rubio para que me apoyara con la orden, pero no tenía idea de si serviría de algo. Por si acaso seguí los procedimientos. El listado de llamadas realizadas y recibidas en su número de celular era un trámite que tomaba entre dos y tres días hábiles, también tendría que esperar. No me quedó más remedio que seguir un camino tradicional: investigar a sus conocidos para ver si alguien tenía un indicio que me permitiera avanzar con la línea del asesinato.

Armé una lista de personas «prioritarias» para investigar. Pasé el resto de ese día obteniendo declaraciones telefónicas, las cuales alejaban aún más la hipótesis de un suicidio. Sus familiares y amigos coincidían en que se encontraba en un buen momento anímico: no solo tenía regalías por sus libros y traducciones, una novela en proceso por la cual ya le habían dado un adelanto y cursos por los cuales cobraba altísimas cuotas, también tenía una beca nacional que le aseguraba una cantidad mensual considerable. Era soltero y nadie le conocía, o quiso darme, el nombre de alguna pareja formal. Pensé en que esa era razón suficiente para descartar esa línea de investigación, solo los casados tendríamos razones para tirarnos de un décimo quinto piso.

Tratar de hablar con sus colegas y compañeros de profesión resultó más caótico: algunos estaban de viaje o argumentaban estar muy ocupados, unos aún estaban en duelo por la noticia, muy tristes o desconcertados, otros habían pasado del velorio un día antes a un bar y su excusa era la cruda. La mayoría desconfiaban de la policía. Cuando les preguntaba si le conocían enemigos, ninguno tuvo reparo en acusar a otro colega. Había muchos que parecían

odiarlo, pero ¿sería suficiente para matarlo?

Investigué en las bases de datos de la Fiscalía sobre el departamento, era obvio que Volta solo era una visita. Resultó pertenecer a un joven hijo de una familia de industriales que ni siquiera estaba en el país. Él lo rentaba para que su padre no dijera que era un inútil sin ingresos propios. Cuando le pregunté si conocía al escritor su respuesta fue que no, sencillamente él lo había rentado mediante una aplicación de celular. Le indiqué que por ley no podía usarlo hasta que se terminara la investigación, ni siquiera pareció molesto.

Esa tarde, antes de volver a trabajar sobre algunos de los casos que tenía abiertos, pues no podía dejarlos de lado, leí el expediente de la profesora Margarita Vedeu. Su caso había sido atraído por la Unidad Especializada de Búsqueda de Personas Desaparecidas. Esto me restringía la información pues era un departamento distinto al mío. Revisé todo lo que habían hecho, o por lo menos capturado en el sistema: entrevistas a personas cercanas, establecimiento de líneas de investigación, indicios encontrados. La comunidad universitaria se había inconformado con marchas y desplegados. La presión solo hizo efecto para dar una resolución que se estaba volviendo la principal respuesta de ese departamento: había sido secuestrada por personas pertenecientes al crimen organizado. Se inculpó a un par de alumnos, que eran minoristas de sustancias prohibidas en el plantel donde ella daba clase y se le dio carpetazo. La única relación entre ellos era que se hacían llamar «escritores», contactos en común en las redes sociales y un libro donde habían aparecido cuentos de ambos. No parecía haber más conexión, y aunque existiese, dos víctimas no eran suficientes para creer en un asesino serial. Ni siquiera para llamarlo así.

Transcurrió el resto del día entre llamadas, informes forenses oficiales y reportes de indicios. Los casos de personas asesinadas se me acumulaban sobre el escritorio, al igual que a mis compañeros. Llegaba el momento donde era imposible discernir si uno estaba trabajando el caso de un cuerpo encontrado en el fondo de la barranca o el de alguien atacado a balazos en un restaurante de mariscos. Mi migraña volvía cada tarde al intentar dar claridad a, por lo menos, uno de esos rompecabezas.

Ya cerca de la hora de salida, momento en que debía ir a recoger a mi hija, recordé el número pintado en rojo en aquel departamento. Lo busqué en internet, pero tal como imaginaba, resultó una cifra muy vaga. Me encontré que

era el nombre de un grupo de punk británico, de un videojuego de última generación, de un asteroide famoso y el de una sociedad de personas de alto coeficiente intelectual. Si era un mensaje de Volta, ¿qué había querido decir? Si era algo escrito por su asesino, ¿qué tipo de amenaza implicaba? Casualmente, una de las ligas me mostraba una canción del grupo llamada «Homicide». Existían días en que estaba convencido que la principal herramienta para resolver un caso en este país era el azar.

### 3

Era el tercer día desde que me habían asignado el caso. El sol estaba oculto bajo las espesas nubes de noviembre. Aún no podía justificar la línea de investigación de un homicidio, pero quería intentarlo, por lo que decidí entrevistar a los conocidos del fallecido que vivían en la ciudad. Contacté a un académico, a la persona que lo invitó a dar el curso, a un poeta con quien varios de los entrevistados aseguraron tenía una amistad de muchos años, aunque otros sugirieron que más bien existía entre ellos una serie de peleas que se remontaba a más una década. Era la una de la tarde y me encontraba frente a la casa del escritor Eusebio González.

El lugar estaba descuidado, una casa de un piso en la colonia Medrano sobre la calle Artes. En el jardín frente a la casa sobresalían, entre el pasto crecido, botellas de cerveza repartidas por donde quiera. Timbré un par de veces mientras me preguntaba si era la dirección correcta, o si él se encontraría en casa.

Esperé casi diez minutos, iba a abandonar el lugar cuando la puerta se abrió. En el umbral estaba un hombre mayor, de cabello encanecido, delgado, del tipo que en su vejez se dejó vencer por la apatía, el cansancio o enfermedad. Sus ojos parecían grises enmarcados por las pestañas gruesas y la tez apiñada ya surcada de arrugas. Según los expedientes tenía poco más de setenta.

—¿Es usted el policía que me va a entrevistar? —preguntó cauteloso, mirando hacia ambos lados de la calle, como si temiera una emboscada.

—Policía investigador Nepomuceno Castilla —contesté manteniendo mi lugar bajo el sol.

—¿Cómo? —insistió. Para evitar repetir cuatro veces mi nombre, le mostré mi identificación.

—Aquí tiene, señor González —dije mientras se la pasaba.

—Doctor González —aclaró acercando su rostro—, soy doctor en Letras Hispanoamericanas.

—Claro —respondí dando un paso para atrás y guardando la identificación—, mucho gusto, doctor González.

Le tendí la mano tratando de ser cordial, pero me dejó con el saludo en el aire.

El interior de la casa me recordó más a una galería que un hogar. Numerosos cuadros cubrían las paredes de la sala y pasillos, además de fotografías donde sonreía abrazado de distintas personas. Los libreros estaban abarrotados de esculturas, libros, revistas, macetas con plantas pequeñas, botellas de vino vacías y objetos tan variados como una cámara antigua, un molcajete y máscaras autóctonas talladas en madera. Me hizo pasar a la cocina cuyas paredes también estaban tapizadas de cuadros, litografías, grandes ollas de barro y figuras de yeso representando a cocineros gordos.

—Ya les comenté a sus compañeros que yo lo dejé después de comer en aquel edificio y no supe más de él.

—Lo sé —respondí sacando mi libreta del saco—, según lo que declaró a mis compañeros, lo recibió en el aeropuerto el sábado por la mañana, lo llevó a desayunar tortas ahogadas y de allí se fueron a ese edificio. Usted no supo más hasta el domingo que pasó por él, lo llevó a desayunar con otros profesores de literatura, hicieron sobremesa y lo dejó después de las cuatro de nuevo en el edificio donde se quedaba.

—Es correcto todo —dijo empezando a respirar con más calma—, yo iba a verlo hasta el lunes temprano para llevarlo al curso.

—¿Sabe por qué se quedó en ese edificio en vez de un hotel?

—Es una especie de moda —me respondió—, los escritores son algo ideáticos y se les ha metido en la cabeza que es más cómodo utilizar estas rentas por internet, que es algo más íntimo. O eso dicen, a mí me parecen pendejadas.

—Y dígame, ¿desde cuándo conoce a Raúl Volta?

—Hace algunos años, coincidíamos de vez en cuando en eventos culturales, a veces aquí o en la capital.

—¿Cuál era su relación con él?

—La misma que con otros escritores, lo conocí como compañero de encuentro, en mesas de conversación, en las borracheras después de los eventos, en noches donde los excesos nos hicieron decir cosas vergonzosas que agradezco haber olvidado al día siguiente, pero nunca hablamos de cosas personales.

—¿Sabe si tenía enemigos?

—Pensé que empezaríamos por allí —dijo dando un golpe con la mano en la mesa—. Hasta donde sé, tiene demasiados: críticos literarios que no soportan su éxito, artistas con pretensiones de congruencia, poetas frustrados que querían ocupar su lugar, novelistas ignorados, seguidores esquizofrénicos como las Narradoras Octogenarias que secuestraron a Carlos Fuentes. Cuando uno es amigo de los de arriba suele hacerse enemigo de todos los de abajo y se da de codazos con los de al lado.

Supuse en silencio que la edad lo vuelve a uno neurótico.

—Es como le pasaba a Octavio Paz —agregó poniéndose de pie, salió un segundo de la cocina y regresó con una foto enmarcada. En ella se veía a Eusebio, mucho más joven, al lado del ganador del Nobel. Me di cuenta que el marco de la foto estaba muy manoseado, el cristal oscurecido con las huellas dactilares de muchos invitados anteriores, señal clara de que era un ritual mostrar esa foto a cualquier visitante.

—Debe ser un gran recuerdo haber conocido a este escritor —comenté poniendo la foto a un lado.

—Ni tanto —respondió sentándose de nuevo, llevándose la mano a la frente como si tuviera un tremendo dolor de cabeza—, precisamente ese día conocí a los Real Visceralistas, a esos son a los que debería empezar a investigar.

—¿Quiénes? —pregunté mientras tomaba nota.

—Verá, el día de esa foto tenía una lectura de poesía donde compartía mesa con el maestro Paz. Yo apenas había publicado un poemario en esa época, por lo que era un gran honor. Estaba contentísimo y muy nervioso. Recuerdo que me asomaba a la calle desde la entrada del recinto cultural esperando a que llegara la gente. Había algo fantasmal en el ambiente, tenía un mal presentimiento. Unos días antes había escuchado a alguien, en un café, mencionar la lectura —Lo quise interrumpir diciéndole que tenía prisa, pero él siguió su relato sumergido en sus recuerdos, como si yo no existiera—. Yo me

sentí orgulloso y presté atención a lo que decían en esa mesa, pero después escuché que se chingarían al poeta Paz allí mismo. Me dio un vuelco el estómago, ya no pude escuchar mucho más, solo que uno aseguró que dejarían todo escarlata. Les advertí a los organizadores, pero me respondieron que seguramente había escuchado mal o lo había imaginado. Ya estábamos todos en la mesa, los oyentes sentados y el moderador de pie a un lado del estrado. A mí me tocaba abrir. Durante el primer poema apenas me detuve un par de veces, al terminar el segundo mis manos ya no sudaban. Recuerdo muy bien que volteé a mi lado y vi el rostro del maestro con los ojos cerrados y una sonrisa sutil. ¡Estaba disfrutando mis poemas! No sabe qué orgulloso estaba, empecé mi tercera poesía y en un momento que miré hacia el público los vi: varios jóvenes entraban ya empezada la lectura, todos de gabardina, y reconocí al tal Arturo. No quise detenerme, regresé los ojos al texto, trabándome un poco, pero sentía cómo mi corazón se aceleraba. Al terminar el poema recibí algunos aplausos. No sabía si interrumpir la lectura. ¿Y si era mi imaginación? Ellos estaban allí, de pie, muy quietos, recargados en las paredes. Siguieron los demás escritores y todo se mantuvo en calma. Por un momento pensé que efectivamente lo había imaginado. Fue turno del maestro. Entonces observé a los jóvenes que, aunque seguían de pie, sacaban objetos de entre sus ropas. Antes de que pudiera decir algo empezaron a arrojarlos contra la mesa. Eran globos llenos de pintura roja. El maestro, los demás lectores y yo empezamos a gritar. La gente estaba paralizada. Todo duró unos segundos. «¡Hijos de la chingada!», alcanzó a decirles el maestro mientras se ponía de pie, pero con la misma velocidad con que entraron salieron corriendo, dejando a todos furiosos.

—¿Ellos eran los Real Visceralistas? —insistí.

—Sí —dijo el doctor González con ojos humedecidos.

—¿Qué son: una guerrilla urbana, un grupo anarquista?

—Peor —dijo dando un suspiro—: son un movimiento vanguardista.

Me explicó a continuación que eran un grupo de escritores que decían ir en contra de todo lo institucional, especialmente en la poesía. En ese entonces se dedicaban a interrumpir lecturas públicas y a atacar al maestro Paz.

—¿Puede darme nombres? —pedí pensando que eran delirios de vejez más que algo que pudiera ayudarme a establecer una línea de investigación.

—Los líderes eran Ulises Lima y Arturo Belano —De inmediato recordé



al autor del libro que vi en la sala.

—¿Y cree que ellos fueron los asesinos de Raúl Volta?

—Imposible, ambos están muertos.

—Ese tal Arturo, su nombre me suena. ¿Es famoso? —No quise mencionar el libro en la escena del crimen, el doctor González ya era bastante paranoico.

—Sí, se volvió celebridad cuando murió hace unos años. Ahora todos dicen que es fantástico, que una de sus novelas es la mejor novela mexicana, aunque el cabrón era chileno. ¡Puras pendejadas! —gritó mientras daba un manotazo en la mesa.

—Entonces, ¿por qué insiste en hablarme de ellos si están muertos? —respondí, no estaba para perder el tiempo.

—Porque creo que fueron sus fanáticos, su movimiento sigue y se dedican a chingar a los que somos capaces de ver el fraude que son.

—¿Cómo «chingar»? —pregunté con la esperanza de que no fuera algún delirio.

—Ya sabe, los poetas novatos se sienten chicos malos, *beatniks* de sangre pesada. Algunos me han gritado fuera de los salones donde doy clases, me han abucheado en lecturas de poesía públicas, al momento de las preguntas hacen comentarios donde no me bajan de ignorante. Alguno incluso me ha retado a una pelea.

—¿Puede darme algún nombre para investigarlo? —insistí, empezaba a desesperarme.

—Uno se llama José Aranza, es un poeta local bastante problemático. No sé los demás, pero tal vez debiera preguntarle a la señora María Font, ella fue Real Visceralista, creo que tiene un taller de poesía en Las Fuentes.

—Entendido —dije al tiempo que cerraba el cuaderno.

—Espere, hay otro muchacho, un Patricio algo...

Apunté el nombre, pensando que así no me serviría de nada.

—Una última pregunta, ¿sabe que significa el número novecientos noventa y nueve?

Sus pupilas se dilataron, se acarició una mano.

—No, no sé —dijo tartamudeando, era claro que mentía.

Me levanté y vi su rostro. Sus ojos estaban rojos, lloraba, sus manos temblaban mientras se levantaba para despedirme.

—Por favor —pidió con voz temblorosa, dejando los gritos y agresividad de unos minutos antes—, si mataron a Margarita, que era tan buena con todos, no se la pensarán dos veces para terminar con mi vida.

—Tranquilo —respondí poniendo mi mano en su hombro—, según los informes ella fue privada de su libertad por narcotraficantes.

—Es lo que siempre dicen —comentó poniéndose de pie—, uno no puede creerles nada. Solo por ella acepté hablar con usted, los únicos que me parecen más despreciables que los adoradores de Belano son los policías.

Le di mi tarjeta, pidiéndole me contactara si tenía más información y le ofrecí ayuda por si recibía algún tipo de amenaza. Sin habérselo pedido, puso en mi mano un poemario de su autoría. No quise decirle que yo nunca leía poesía.

No bien salí de la casa del escritor, recordé el libro *Los investigadores terribles* que estaba en la sala del departamento donde murió Raúl Volta. De inmediato me dirigí hacia allá. En cuanto entré a la sala lo vi, un libro rojo con la foto de unos sujetos vestidos como gansters caminando por la playa. En la primera hoja estaba una dedicatoria firmada por Arturo Belano: «Para Patricio Valenzuela, perro romántico egresado de la universidad desconocida». ¿Qué hacía el libro de este joven en el departamento?, ¿por qué lo tendría un escritor que estaba de paso? Me asomé al balcón, desde esa altura se veía que una tormenta se acercaba. Pensé en guardar el libro en una bolsa para llevarlo con los forenses en busca de huellas, pero el proceso duraría días y supuse que me sería más útil leer las notas a los márgenes para ver si encontraba algo.

El resto de la tarde intenté seguir investigando entre los escritores locales que tenían alguna relación con él, ahora no solo preguntando por información sobre Raúl Volta, sino si conocían a los Real Visceralistas en Guadalajara, al tal Patricio Valenzuela, José Aranza o el significado de los tres nueves. El nombre de María Font fue mencionado en un par de ocasiones, al parecer ella fue parte del movimiento original en Ciudad de México, pero tenía ya varios años viviendo aquí. También mencionaron varias veces a Aranza, definitivamente le gustaba buscar problemas, me di cuenta que no tenía mucha simpatía entre los intelectuales de la ciudad. De Valenzuela apenas pude obtener información, aun entre escritores era un desconocido.

En la tarde salí a tiempo, pasé por mi hija y, sin mayor contratiempo, la

llevé con su madre. Al dejarla, ella estaba de buen humor, al despedirme me sonrió como en mucho tiempo no me sonreía. Ese gesto me acompañó camino a mi casa, los hoyuelos en sus mejillas, sus ojos muy abiertos dejando ver el café oscuro en ellos. Recordé la primera vez que vi esa sonrisa. Esther ya tenía un par de años trabajando en mi unidad como secretaria, pero nunca me había atrevido a hablarle más allá del saludo. Recién regresaba de Estados Unidos cuando una tarde coincidí con ella justo a la salida, caía una tormenta terrible y éramos los últimos en dejar el trabajo. Mirábamos caer el aguacero. Ella, de repente, preguntó por mi diplomado. Estuvimos platicando más de una hora. Cuando finalmente nos despedimos ella me sonrió por primera vez. A partir de allí empezaron charlas en el pasillo, a la salida, en el área del café. A las pocas semanas la invité a salir y, a pesar de que debido a mi torpeza todo salió mal en esa cena, ella nunca dejó de sonreír y, por momentos carcajearse, con mis ocurrencias. Esa misma noche nos besamos, también fue la primera que pasamos juntos. El noviazgo duró apenas unos meses, vino la boda y a las pocas semanas descubrimos que estaba embarazada.

Cuando llegué a casa, después de dejar a mi hija con Esther, decidí no tomar mi medicamento para dormir. Quería leer, buscar pistas en el libro. Llegué al final de la tercera parte sin encontrar, además de la historia, nada fuera de afirmaciones incomprensibles, lo que supongo eran poemas y algunos dibujos bizarros. Me pareció, tal vez ayudado por el sueño, que quien fuera el autor de esas anotaciones tenía verdaderos problemas psiquiátricos. Esa noche soñé con miles de muchachos vestidos de gabardinas, en un atardecer que no acababa y pintaba de rojo las calles del centro de la ciudad. Llevaban libros en los bolsillos y pistolas automáticas, disparaban al aire mientras recitaban poemas. Yo corría para escapar de ellos hasta que finalmente me rodeaban en Plaza Liberación, allí la multitud seguía llegando, multiplicándose hasta ahogarme.

## 4

Apenas dormí, por lo que desperté casi una hora antes de que sonara la alarma. Hacía mucho no me pasaba, razón por la que ese día llegué con tiempo a casa de Esther. Debido a que era temprano, ella me abrió la puerta, aún en pijama, me hizo pasar y me pidió ayuda para vestir a la niña, quien estaba sonriente al verme allí. Mientras peinaba a mi hija en el que había sido nuestro cuarto, entró mi casi exesposa envuelta en una toalla.

—Perdón —dije—, te espero afuera. —Ella sonrió.

—No seas tonto, como si fuera algo que no hayas visto —Dejó caer su toalla y caminó por el cuarto hasta la cajonera—. Estoy gordísima, ve qué horrible —comentó tocándose el vientre.

Los meses que tenía de embarazada eran los mismos que llevábamos separados. Yo la veía allí y me parecía radiante. Lo cierto es que, en ese tiempo viviendo solo, me había encerrado en mi trabajo, en regresar a casa cansado y ver televisión hasta caer rendido. A los días dejé de dormir y decidí ver a un terapeuta por recomendación de una compañera de la Fiscalía. Fue cuando inicié mi tratamiento. Ni siquiera había pasado por mi cabeza salir con alguien, si acaso me masturbaba de vez en cuando mientras recordaba cómo era abrazarla. No pude evitar mirarla, embarazada me parecía atractiva, incluso tal vez más. Ella me pidió que siguiera peinando a la niña mientras se vestía, yo regresé los ojos a la cabeza de mi hija pero la miraba por el espejo tratando de no ser obvio. Cuando nos despedimos, en el abrazo de ella sentí su perfume y la besé en la mejilla. Ella se ruborizó.

—Detente —me susurró al oído—, todavía me pones la piel chinita.

—Y tú a mí —respondí tomándola de la mano.

Ella dio un paso hacia atrás y, viendo el reloj en el celular, empezó a

decirme que se nos haría tarde, que nos fuéramos. El camino a la guardería, a pesar de ser el mismo, a la misma hora, con el tráfico embrutecido después de una noche de tormenta, me pareció ligero, incluso las maestras de la guardería fueron más amables que otras veces.

Mientras conducía, no lograba quitarme de la cabeza la imagen de Esther desnuda. La extrañaba, realmente la extrañaba. Casi a diario repasaba lo que nos había llevado a separarnos. El noviazgo fue breve, pero nos sentíamos muy enamorados. Nuestro embarazo, que llegó a los pocos meses de casarnos, nos auguraba aún más felicidad. Y fue así durante un tiempo. Cuando la niña cumplió dos años, a Esther le ofrecieron un trabajo en la Dirección de Catastro, que era una gran mejora a su sueldo, aunque implicaba más dedicación y dejar de vernos durante el día.

Al tiempo que ella tenía nuevos horarios, cada vez más extensos, la violencia en nuestra ciudad se recrudecía. Los casos de distintos crímenes empezaban a desbordarnos, entre ellos los de mi unidad. Yo era el responsable de llevar y recoger a nuestra hija de la guardería, y ella comenzó a salir cada vez más tarde del trabajo. Yo le daba de cenar a la niña y la arreglaba para dormir. A veces nos quedábamos en el sillón, la pequeña abrazada en mi regazo, esperando que su madre volviera a casa. Pronto se multiplicaron los silencios, se fueron acumulando distancias y quejas. Un día en que volvió a llegar de madrugada, mucho más tarde que otras veces, sin haberme avisado y sin contestar el celular, empecé a reclamarle. Fue el inicio de una discusión que subió de tono hasta que yo exploté. Era como si todo el coraje acumulado, como si todas las peleas se hubieran podrido en mi cabeza. Mis manos temblaban. Reaccioné cuando ella lloraba y me miraba asustada desde un rincón. Yo había tirado cosas, pateado la pared y azotado varias veces la puerta. Me miraba con miedo, estaba a punto de golpearla. No tuve oportunidad de pedirle perdón: durante los siguientes días ella salía demasiado temprano y regresaba ya entrada la noche. Prácticamente no la vi durante una semana, hasta que me citó en un café y me pidió el divorcio. Durante aquella charla, pasada la tensión, volvimos a bromear, a pensar sobre lo que habíamos vivido. Al llegar a casa tuvimos relaciones como en mucho tiempo no ocurría, con ternura y paciencia. Al amanecer yo sonreía, pensaba que lo que me dijo en la cena sería olvidado, después de todo habíamos pasado la noche en reconciliación. Pero esa misma tarde me reiteró que seguía

en pie la separación, el sexo había sido una despedida. Me mudé ese mismo día. Al mes me anunció que estaba embarazada.

Todavía tenía un par de horas antes de la cita que había concertado con la señora María Font, por lo que decidí pasar a revisar algunos datos a mi cubículo. Saludé a todos los que se cruzaron en mi camino, lo que al parecer incomodó a algunos. Ni el comandante Rubio ni su Lamebotas habían llegado, lo que mejoró aún más mi ánimo. Ya sentado frente a mi computadora, con la taza de café en la mano, me dediqué a buscar más información. De los Real Visceralistas encontré muchas páginas, un blog que funcionaba de manifiesto y varios grupos en redes sociales. Fueron un movimiento poético derivado del surrealismo, aunque en realidad me parecieron un grupo de desocupados buscando excusas para crear problemas. Su lema, «volarle la tapa de los sesos a la cultura oficial», hablaba ya de una posición subversiva. Uno de sus fundadores, Arturo Belano, había saltado a la fama algunos años atrás y, de ser un movimiento oscuro, se transformaron en algo de moda.

Al buscar información sobre José Aranza no tuve ninguna sorpresa. El sistema me mostraba que había sido arrestado ya varias veces: por desorden en lugares públicos, altercados con agentes policíacos y posesión de enervantes. También me encontré con varios blogs, revistas en línea y reportajes donde aparecía su nombre, poemas o fotografías. Por lo que pude leer, parecía alguien bastante inestable. Definitivamente era sospechoso. Desde el primer día había tratado de localizarlo sin éxito, pero justo esa mañana recibí un mensaje de uno de sus compañeros de trabajo, me decía que había faltado y me daba la dirección del departamento donde vivía.

Finalmente, busqué información de Patricio Valenzuela. Los sistemas internos no me dieron ningún resultado, estaba limpio. En internet me encontré algunas menciones en páginas, muy pocas, en blogs sin actualizar. Tampoco había nada en redes sociales ni alguna foto que me permitiera conocer su rostro. En estos tiempos en que tantas personas vacían su vida en las redes me pareció algo insólito, era casi un fantasma.

Tenía 25 minutos para llegar a la cita con María Font en la colonia Las Fuentes. Poco antes de salir me entregaron una carpeta con varios de los resultados obtenidos por los forenses. Había presencia de alcohol y drogas en la sangre de Raúl Volta, aunque no en cantidad que apoyara la línea de investigación del suicidio. En todo el departamento encontraron demasiadas

huellas, pero considerando que el dueño lo rentaba era de esperarse. Apagué todo y me dirigí a la colonia Las Fuentes.

Llegué a la casa que se encontraba al sur de la ciudad, en esa colonia que parece haberse ocultado en el tiempo, desapercibida para la modernidad que arrasó con el resto de la urbe. Las calles empedradas, el parque central con un quiosco, una iglesia con un gran atrio y un mercado, hacen pensar en un pueblo pintoresco. La casa de María Font estaba rodeada de una barda sobre la cual lucía una cerca electrificada. Apenas me presenté en el interfono, ella abrió remotamente y me indicó que entrara. Del otro lado de la puerta me recibió una muchacha, supuse la sirvienta, que me hizo pasar al recibidor. La construcción estaba en medio de jardines, se respiraba calma y era como si tan solo por pasar el umbral uno se encontrara en medio de la nada. El silencio me desconcertó.

La señora Font ya me esperaba. Aunque rondaba los sesenta años, su imagen de abuelita tierna engañaba a quien no hubiera investigado su historial en los sistemas policiales: arrestada un par de veces por provocar desorden público en algún recinto cultural, en los tiempos en que era miembro activo de los Real Visceralistas; también por faltas a la moral y las buenas costumbres, desnudándose en una plaza pública tres décadas atrás, como parte de un acto de protesta. Me pidió que la siguiera a un lugar para platicar, nos dirigimos al patio, donde nos detuvimos frente una fuente de cuyo centro emergía una chica desnuda de piedra, cubierta con la caída del agua como si fueran velos. Ella sonrió al ver aquella figura, yo la miraba pensando en lo realista que parecía a tan poca distancia.

—Sí, soy yo —dijo en forma repentina.

—¿Disculpe? —respondí sin entender a qué se refería.

—La chica de la fuente soy yo, bueno, el escultor me usó de modelo.

—Era muy hermosa —comenté sin pensar.

Ella sonrió y, tomándome del brazo, me encaminó a su terraza. Se hizo un silencio incómodo hasta que me preguntó si quería té. Le habló a la chica que me recibió, la cual llegó casi de inmediato con una charola con la tetera y un par de tazas.

—Entonces a él lo mataron, ¿verdad? —preguntó a bocajarro no bien me sirvió.

—¿Cómo lo sabe?, yo no he dicho nada aún y en los medios no ha salido

ningún adelanto de la investigación.

—Lo supuse, un hombre como él no se lanzaría por voluntad, tenía muchos proyectos y una ambición desbordada.

—Entonces, ¿lo conocía?

—Claro, hace unas tres décadas yo aún vivía en la capital y entre bares y eventos literarios uno terminaba conociendo a todos. Sobre todo porque yo era Real Visceralista y éramos los *malos* de la poesía. Y ya sabe, a todos les atraen las chicas malas. Él entonces era muy joven. Después de eso coincidimos en más de una lectura o taller.

Le hice el interrogatorio de rigor, después le pregunté si consideraba peligrosos a los Real Visceralistas.

—Acepto que hay dos o tres del grupo que les gusta meterse en problemas y son, precisamente, demasiado viscerales, capaces de agarrarse a golpes con quien los mire con un mal gesto ya avanzada la noche. Pero peligrosos en el sentido de organizar un asesinato, lo dudo.

—¿Sabe qué podrían significar tres nueves?

—Ni idea —respondió perdiendo la sonrisa.

—¿Conoce a Patricio Valenzuela?

—Es un poeta joven que asistió a distintas lecturas hace unos años. ¿Por qué me lo pregunta?

—El doctor Eusebio González me comentó que fue su alumno —mentí.

—¿Mi alumno?, tal vez se refiera a mi taller de poesía. Lo hago aquí mismo. Algunos de los asistentes son fanáticos de Arturo Belano.

—¿Y son parte del movimiento? —cuestioné pensando que no mencionó ese *pequeño* detalle cuando le pregunté de los Real Visceralistas.

—Para nada —respondió moviendo la mano—, la mayoría de mis alumnos son señoras de esta colonia, que escriben poesía con inocencia, con ilusión, que solo quieren desahogarse en forma más o menos creativa. Nosotros, en cambio, lo hacíamos queriendo quemar al mundo.

Dada mi insistencia, me dio una lista de miembros actuales de los Real Visceralistas, de los cuales ninguno vivía en la ciudad excepto ella. Dijo no tener forma de contactar a Patricio, de quien hacía años no sabía nada. También comentó el nombre de una persona que, en su opinión, es inestable y peligrosa, un poeta local con quien había tenido problemas.



—José Aranza —dijo y casi sonreí.

—Al parecer tiene muchas enemistades, ya son varias personas que lo mencionan. ¿Cuándo tienen el taller?

—Los viernes a las ocho.

—Tal vez me dé una vuelta, solo por descartar sospechosos.

—Como guste —comentó con una sonrisa que me pareció maliciosa—, pero se va a aburrir. Le advierto que si viene debe traer poemas.

Me acompañó a la puerta, donde le di una tarjeta.

—Si tiene más información o se siente amenazada, no dude en llamarme.

—No se preocupe, entre los amantes que tengo algunos son muy influyentes. Le aseguro que lo que me sobra es protección.

Se despidió diciéndome que no todos los poetas eran malas personas.

—No, algunos son terribles —respondí ya en el umbral.

—Lo mismo decía Arturo —murmuró mientras cerraba la puerta metálica a mis espaldas.

Era poco después del mediodía, pero el sol seguía oculto tras los nubarrones. La luz parecía gris, el ambiente frío y las miradas de la gente que pasaba me daban mala espina. Estaba en El Sauz, una colonia brava al sur de la ciudad. Tuve que dejar el auto a un par de cuadras de donde vivía José Aranza. Por un momento me preocupó que al regresar no tuviera espejos, faros o llantas. Segundos después, mientras caminaba entre los edificios de minúsculos departamentos, donde vivían hacinadas cientos de personas, en esa tierra de nadie controlada por las pandillas, sencillamente pensé en la posibilidad de no salir de allí. Palpé el espacio bajo mi axila izquierda, traía la pistola que apenas había usado y en el bolsillo una navaja, una especie de talismán que en más de alguna ocasión me había sido útil.

A mi paso, recibí miradas de mujeres recelosas que parecían entretener su día entre la escoba y contar los chismes con las vecinas, de hombres ya viejos que a esas horas de la mañana ya andaban borrachos, de niños que seguramente se hicieron la pinta e interrumpían su cascarita para observar al extraño. Llegué al cuarto piso del edificio F del lote 4027 de la calle Isla Zanzíbar. Toqué a la puerta. Pasaron unos minutos y esta se entreabrió lo justo para ver los ojos de hurón de José.

—¿Diga? —preguntó con voz calmada, apenas audible.

—Necesito hablar con usted —respondí con calma.

—Yo no hablo con policías —dijo con parsimonia y dio un portazo.

Quise gritarle en ese momento, pero solo volví a dar de golpes en la puerta.

—Señor Aranza —hablé con voz suficiente para que me oyera—, no está usted en problemas, necesito información, pero si lo prefiere, puedo venir con una orden judicial y un maldito escuadrón antimotines a revisar su casa. —Por supuesto mentía, difícilmente podría obtener una orden del juez nada más para una entrevista.

Abrió la puerta y me invitó a pasar con un gesto histriónico, tan falso que lo sentí como una bofetada. En su rostro estaba una sonrisa burlona que invitaba a arrestarlo de inmediato y con lujo de violencia. El interior del departamento me recordó a la casa de González, solo que más desordenada, sumida en un caos que provocaba la sensación de ahogarse entre papeles y libros desperdigados. Un par de librerías lucían atiborradas, revistas y periódicos se amontonaban en columnas dispersas en el suelo de la sala, vasos de plástico desechables coronaban los pocos espacios libres de papel, restos de cigarros estaban esparcidos como una plaga. El lugar olía a cerveza rancia, a bar de mala muerte y a restos de marihuana.

—Tome asiento —dijo con una sonrisa maliciosa en el rostro, casi retándome a encontrar lugar.

—Estoy bien de pie —contesté esbozando también una falsa sonrisa.

Él, en cambio, se sentó en un banco al cual le tiró una pila de carpetas de argolla, desparramando decenas de hojas en el suelo. Durante el camino había pensado qué palabras usaría, qué acercamiento podía llevarme a obtener información de un tipo que, según testimonios e historial, era problemático y voluble.

—¿Sabe si los Real Visceralistas mataron a Raúl Volta? —Esperaba que mi pregunta lo tomara desprevenido, que abriera los ojos preguntando de qué estaba hablando, que lo hiciera tartamudear alegando que él no tuvo nada que ver, que en ese mismo momento se lanzara rumbo a la puerta inculpándose con su huida.

—Ojalá lo hubiera hecho yo.

—¿Acepta entonces que tiene motivos para asesinarlo? —amenacé dando

un paso al frente, sopesando si debía o no mostrarle que estaba armado.

—Los mismos que tenemos todos los escritores verdaderos en este pinche país —dijo con su sonrisa de roedor— sobre todo los que estamos hundidos en la ignominia gracias a parásitos del Estado como él.

—¿Es usted Real Visceralista?

—Formalmente no, por más que les he insistido. Pero en el espíritu anarquista de Ulises y Arturo dudo que les hubiera agradado que exista un comité de aceptación. Ser Real Visceralista es una forma de vida, así como lo es ser poeta.

—Sabe, por sus puras declaraciones podría llevarlo arrestado.

—Inténtelo —respondió con un gesto de burla—, no sería mi primera vez en los separos. Nunca he pasado más de un par de noches allí.

—¿Sabe qué significa el número novecientos noventa y nueve?

Soltó una carcajada.

—Un mito urbano, el coco de los escritores que critican a Belano.

—¿Conoce a Patricio Valenzuela?

—Claro, es un poeta de mi generación.

—¿Cuál es su relación con él?

—Colegas escritores, supongo. Hace unos años nos fuimos de peda varias veces, coincidimos en lecturas de poesía y por allí estamos en alguna antología. Era un chico fresa queriéndose sentir barrio.

—¿Era? —cuestioné pensando que tal vez sabría su paradero.

—Hace años que se perdió de vista, tenía problemas con su jefe por andar en esto. El señor trabaja en la polaca y tiene varo, por supuesto que no quería un hijo poeta.

—¿Tiene algún teléfono o forma de contactarlo?

—Aunque lo tuviera no te ayudaría, pinche poli —respondió y quise levantarme a ponerle por lo menos un par de golpes. Seguí la entrevista, haciendo preguntas que no llevaban a ningún lado. Era inútil prolongar mi visita.

—Ya sabrá de mí —advertí—, no crea que la tiene tan fácil, seguro por aquí encontramos algún elemento incriminatorio.

—Toma —dijo agarrando un libro y encaminándose a la puerta—, te regalo uno de mis poemarios, para que encuentres algo que me refunda en el

bote.

Lo recibí con desconfianza y salí de allí. ¿Qué tenían los poetas que hasta a un policía investigando un asesinato le regalaban sus libros? Ya en mi auto observé bien el tomo, era blanco con el dibujo de un corazón sangrante en la portada. Había sido publicado por el Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Jalisco. Pensé en sus palabras sobre el parásito de Volta y me pareció que él no distaba mucho de lo mismo. El poemario se llamaba *Laberinto de espejos*. Bastó abrirlo al azar para encontrar este texto:

Vivo en una ciudad que se incinera  
gritos de los blandos ojos que emergen de su charco  
palomas que se desgarran a  
medio camino  
al cielo  
heridas por los cantos efusivos de gargantas sulfúricas.  
Hay una noche que arroja su semen de oscuridad  
sobre la tierra  
edificios que le responden arañándola con odio.  
Aquí hay poetas que se deshacen en vapor  
que emerge helicoidad  
hasta herir a la luna  
cuyos poemas bajan  
en forma de estrellas fugaces  
buscando destruir la cordura.

Me pregunté si ese poema sería suficiente para arrestarlo, pero supuse que si así fuera, las cárceles estarían llenas de escritores.

Para el momento cuando pasé por mi hija a la guardería, mi migraña había regresado. No solo estaba encabronado por la entrevista con José Aranza, sino que el resto de la tarde fue una pérdida de tiempo. A dos personas no las pude localizar. De las que visité, estaban dos escritores que alegaban no saber nada del asesinato, nada de los Real Visceralistas ni de los tres nueves. Ambos se refugiaron en negar toda relación con Raúl Volta más allá de darle «Me gusta»

a sus publicaciones en redes sociales. También estuvo una promotora cultural que apenas me dio información nueva. Finalmente un editor que vive aquí, quien al parecer le publicó un libro hacía años, me dijo que era una pena, pero que él era una persona dada a ganarse enemigos. Cuando le cuestioné si alguno de ellos tendría razón para matarlo, me repitió más o menos lo mismo que González y sus amigos en Ciudad de México: los escritores son capaces de manifestar su odio en las redes sociales, sus más terribles intenciones en sus artículos y columnas, sus más oscuros pensamientos en sus libros, pero incapaces de siquiera matar una mosca.

Al dejar a mi hija con Esther, su buen humor matutino había desaparecido del todo, al igual que el mío. Me comentó, de nuevo con ese tono de «tú tienes la culpa» que tanto odiaba, que se había salido del trabajo a media tarde debido a que le bajó la presión y no quería volver a pasar un susto. Durante el transcurso de este embarazo llevaba, por lo menos, tres, por lo que se había acostumbrado a que si algo no estaba bien, debía regresar a descansar.

—¿Quieres que te acompañe un rato?

—No —respondió estirando la mano—, tengo visita.

Entonces me percaté de que a unos metros de la casa había un auto de lujo. No necesitaba más información para saber que era su jefe. Me despedí de mi hija con un beso en la frente y un abrazo de frustración.

No bien cerró la puerta, me acerqué al auto deportivo discretamente. Saqué mi navaja y dejé una línea de faro a faro atravesando todo el lado izquierdo del auto. Cuando llegué a mi casa leí de un jalón toda la segunda parte de *Los investigadores terribles*. No recuerdo con qué soñé, pero sí que desperté terriblemente cansado, con la sensación de haber huido, toda la noche, por un laberinto.

## 5

Durante ese viernes, el comandante Rubio me llamó a su oficina cada dos horas, haciendo énfasis en que me quedaba hasta el final del día para dar una resolución al caso. A más tardar debía hacerlo el sábado por la mañana. Como si en cada lapso hubiera algo que modificara rotundamente la línea de investigación, como si al volverme a llamar acudiera convencido de atender su orden de declararlo suicidio. Con cada visita aumentaba el tono de su voz y la fuerza con la que golpeaba el escritorio. La última vez que me convocó, ya cerca de la hora de la comida, no solo gritó con todo el aire de sus pulmones y el máximo tono capaz de lograr con su voz aguda, sino que se puso de pie y me amenazó directamente que sería el único responsable del fiasco que significaría declarar un homicidio.

¿Qué esperaba encontrar? Me pregunté más de una vez en esos lapsos de calma en que volvía a revisar los resultados que hasta el momento habían entregado los del Instituto Forense. Revisaba los indicios detenidamente, intentando dar sentido a algo que me permitiera establecer la línea de investigación del homicidio. ¿Qué demonios me hacía pensar que allí se había cometido un crimen? Peor aún, ¿qué me llevaba a buscar justicia en este caso? ¿Por qué me era especial si ni siquiera había oído antes de este escritor? ¿Qué me llevaba a arriesgar mi trabajo al obsesionarme en buscar al asesino de quien, por lo que me decían todos, era una mala persona? Decidí que me daría por vencido. Al día siguiente, sábado, resolvería la investigación como lo quería el comandante, era lo mejor para todos.

Durante esa tarde me asignaron otro caso más, y eso porque tenía uno prioritario, pues habían repartido de a dos o tres por agente. A veces me preguntaba cuántas muertes más tendrían que acumularse antes de que todos en la Fiscalía nos volviéramos locos. Leía expedientes y reportes de forma

distraída, en la computadora cambiaba entre el sistema interno y el internet sin orden. Entonces me brincó algo: volví a buscar información de Patricio Valenzuela, la poca que había, y di con un poema dedicado «A María Font, la mejor madre de los poetas desvalidos». La publicación databa de hacía cinco años, en ese sentido todo cuadraba con lo que me dijeron: se lo había tragado la tierra. Después apareció una foto de María Font abrazando a un joven con ojeras demasiado oscuras. El encabezado decía que era Patricio y que la foto era de apenas unos meses atrás. La señora Font me había mentido, pero ¿tenía caso ir a cuestionarla?

Para cuando fui a la guardería a recoger a mi hija, estaba exhausto. Peor aún, desvalido. Al dejar a la niña con mi casi exesposa, ella me miró el rostro con preocupación. Preguntó si estaba enfermo. Le dije que había dejado mis medicamentos por unos días, que seguro era eso. Me dirigí a mi departamento dispuesto a dormir hasta tarde, a terminar con una semana de pesadilla que me dejó derrotado y sin fuerzas. Apareció el recordatorio en mi teléfono de que en una hora sería el taller de poesía de la señora Font. En un último impulso, más por curiosidad que convicción, cambié de dirección para asistir a su casa en la colonia Las Fuentes.

Cuando llegué la puerta estaba abierta, por lo que entré discretamente y me dirigí a la misma terraza que la vez anterior, donde ya se escuchaban voces que presagiaban la reunión. Los jardines estaban iluminados por faros verdes y luces tenues que daban un ambiente de calma. La fuente, con la versión joven de la anfitriona immortalizada en piedra, lucía radiante gracias a varios focos que la alumbraban cambiando de color cada cinco segundos. María, la coordinadora del taller, estaba sentada en un gran sillón en medio de la terraza, el cual no recordaba haber visto en mi visita anterior. Acomodados alrededor estaban los asistentes: dos hombres y tres mujeres ya rondando los sesenta años, una chica vestida con ropa de algodón con motivos indígenas y un sujeto en sus treinta. Este último estaba sentado en medio de un sofá para dos. Su rostro era duro, pareciera haber sido moldeado en plastilina y luego pasado a un niño de cinco años para que lo deformara. Sus cejas pobladas eran asimétricas, su nariz enorme y su manzana de Adán recordaba, más bien, a un melón chino. Le calculé más de dos metros de estatura.

—Antes de empezar —habló la señora Font—, permítanme presentar al señor Nepomuceno, él se nos unirá esta noche y veremos si se anima a hacerse

parte del taller. —Todos me saludaron desde su lugar y sonreí ocultando mi molestia, ojalá no hubiera dicho mi nombre.

—Empecemos con un poema de Ulises Lima —dijo y a continuación leyó un texto del cual no entendí siquiera una idea. Me parecieron frases puestas al azar, un desvarío, pero supuse que por eso yo era agente investigador y no poeta. Todos aplaudieron emocionados, por lo que los imité pensando en pasar desapercibido.

—¿Quién trae poemas para compartir? —comentó María Font cuando todos guardaron silencio.

El hombre de dos metros levantó la mano y se puso de pie con un par de hojas en las manos. Por un momento su figura contrastó con las luces del jardín: sus brazos eran enormes masas de músculo cubiertas de venas al azar. Se alcanzaban a apreciar dos tatuajes: un rostro de un hombre con lentes con un cigarro en la boca y un cuervo con ojos escarlata. A pesar de que yo era el único desconocido, se presentó como si fuera un grupo de Alcohólicos Anónimos. Se llamaba Tiberio Lua. Después empezó a recitar un poema que hablaba sobre la ciudad siendo como las pesas negras con barra de acero inoxidable, la vida como un gimnasio que huele demasiado a desodorante, donde el amor es una rutina de ejercicio repetitiva y el dolor como un saco de golpeo, finalizando con que la poesía flotaba como las pastillas azules del urinario. Cuando terminó todos aplaudieron brevemente. Me pareció que en ese momento María Font me hacía un guiño. No supe si quería advertirme algo sobre este hombre o indicarme que era una poesía magistral. Poco a poco, los demás asistentes empezaron a dar opiniones: la metáfora era afortunada, el símil perdió fuerza debido a la asociación, el espacio lingüístico se vio afectado por la rima, me gustó la intensidad de esta palabra en el contexto, cambia estas conjugaciones, deja más espacio abierto visualmente para darle aire. Aquel hombre enorme apuntaba cada comentario con un rostro concentrado.

Poco a poco fueron animándose los demás a recitar sus poemas. Una de las señoras leyó algo sobre un amante que tuvo en Cuba en un viaje de vacaciones con su esposo. Hizo énfasis en la cantidad de cosas que le hizo el cubano amarrándola a una cama, de tal forma que al terminar su lectura estaba enrojecida. Casi todos mirábamos al suelo. Otra de las señoras recitó un poema hablando de sus hijos que crecían. Al final comentaba sobre sus



ladridos, el costo de las croquetas y la necesidad de quitarles las pulgas. Uno de los hombres hizo un poema religioso que terminaba en declarar que seguramente todos nos iríamos al infierno. Así, cada uno leyó sus textos, y en cada caso seguía una ronda de felicitaciones, aplausos y comentarios que, me parecía, no decían nada.

Finalmente le tocó el turno a la chica. Ella, al igual que todos antes, se presentó como Jessica Midori. Después de indicar que era estudiante de Letras y que la poesía era lo que, en sus palabras, movía su mundo, empezó a leer un texto donde hablaba de lo etéreo de las rimas, la profundidad de la literatura y el olor a libro viejo. Sutilmente empezó a relatar vivencias sexuales tan nítidas como las de la señora del cubano. Agradecí estar sentado, me removí incómodo en mi asiento intentando ocultar la erección. Noté que los señores hacían lo mismo. Solo Tiberio, el hombre enorme, permanecía con los ojos cerrados, el rostro volteando al cielo con expresión meditabunda. Estaba atrapado por el poema o se había dormido. Todos dieron sus opiniones de forma similar a los demás asistentes. Sin embargo, al final la señora Font me preguntó directamente si quería hacer algún comentario, pues había guardado silencio en las participaciones anteriores y todos teníamos que participar. En medio de tartamudeos dije que el poema era hermoso, que había capturado la esencia del alma de la joven y que todo en ella era belleza. Me arrepentí de esas palabras al escuchar las risillas de las señoras.

Después de asegurar que yo no traía ningún poema, momento en que odié el sentido del humor de la señora Font por quererme animar a leer algo, ella dio por terminada la sesión. Descubrí que el final del taller era en realidad un momento para que todos convivieran durante un par de horas. Fingí interesarme en el tema de las señoras que se acercaban, toda amabilidad, a relatarme cuánto amaban la poesía. Después de algunos minutos me dirigí a Lua.

—Muy interesante tu poema —dije dándole una palmada en la espalda. Fue como si hubiera golpeado una pared de tabiques.

—Gracias —gruñó secamente.

—Supongo que te inspiraste en Belano.

—Sí, en *Un escrito Kinky* —dijo mostrando los dientes en lo que supuse una sonrisa.

—¿Eres fan de ese escritor?

—Como deberíamos todos —respondió antes de dar un trago a su cerveza.

Nos quedamos callados durante un rato antes de que él se alejara bruscamente. Todos se fueron despidiendo y dejando la casa. Yo esperaba para quedarme a solas con la dueña, pero en ese momento se acercó Jessica.

—Gracias por tus comentarios —dijo con una sonrisa, después se acomodó un mechón de cabello y se mordió los labios.

—Escribes muy bonito —fue lo único que atiné a decir. Ella sonrió y me dio un abrazo pegándose completamente a mi cuerpo. Enrojecí de inmediato, ella me soltó y tomó mi mano, después sacó una pluma de su morral para escribir su número telefónico.

—Ojalá nos volvamos a ver pronto —dijo despidiéndose con un beso en mi mejilla.

—Esa chica me recuerda a mí cuando tenía su edad —comentó María Font acercándose.

—Tiberio Lua, ¿segura que no es Real Visceralista? —Ella soltó una carcajada.

—Por favor —respondió tomándome de un brazo—, con trabajos escribe algo ligeramente inteligible.

—Pues me pareció que adora a Belano.

—Bueno, Arturo tenía ese efecto en los lectores: o se volvían fanáticos o lo odiaban a muerte.

—¿Y por qué no me dio su nombre para investigarlo? —le cuestioné soltándome.

—Ni siquiera ha leído a Volta, no veo por qué podría tener relación con eso. Además, a pesar de su apariencia, siempre me ha parecido muy calmado.

—Pues yo lo veo bastante capaz de arrojar a alguien por la ventana sin oponer resistencia —dije como reflejo, ni siquiera había reflexionado en esa parte.

Ella enmudeció.

—¿Tiene algún teléfono donde pueda contactarlo?

La señora Font revisó su celular y me dictó un número.

—Realmente no venía a hablar de sus alumnos del taller —dije acercándome un poco—, sino a preguntarle por qué me mintió respecto a Patricio Valenzuela.

En su rostro silencioso se dibujó una mueca de desconcierto.

—Sé que sigue en contacto con él, necesito hacerle unas preguntas. ¿O prefiere que lo veamos en un ministerio público?

—Él es un buen chico —respondió llevándose la mano al rostro—, de verdad no le haría daño a nadie, tiene años en tratamiento.

Alcé el rostro.

—Usted sabe que necesita ayuda —agregué con serenidad, improvisando—, solo debo hacerle unas preguntas.

—Yo, yo... —empezó a tartamudear— Trataré de que él se ponga en contacto. Por favor, es una situación delicada.

—Tiene hasta mañana antes de mediodía para decidirse, sino vendré aquí acompañado —comenté dando un paso atrás—. Volveremos a vernos —concluí antes de dejarla atónita en medio de su jardín. La fuente seguía cubierta por un manto de agua. Mientras salía las luces se iban apagando y lo último que vi fue esa imagen, la estatua con los ojos al cielo.

A pesar de lo que me dijo María Font, seguía convencido de que al día siguiente cedería a la presión del comandante. Intentaría llamarla antes del mediodía, pero a menos que lograra localizar a Patricio Valenzuela y este me dijera algo importante, era un hecho que cerraría el caso declarando un suicidio. Ya estaba cansado de lidiar con escritores. Se me había ido el sueño a pesar de estar exhausto y me debatía si tomar el medicamento para dormir o seguir leyendo la última parte del libro de Belano. Me decidí a lo último. Mientras en la lectura aparecían esos dos jóvenes, Roberto y Santiago, adentrándose en el estado de Sonora para buscar a una poeta perdida, no dejé de pensar en su parecido con la gente de esa noche. Me recosté a dormir, en poco más de 12 horas terminaría con el caso. Estaba en un error: mi teléfono empezó a sonar a las tres de la mañana.

## 6

Esa madrugada el frío me recordó que era noviembre. Con apenas una hora de sueño, necesitaba algo más que un café para lograr ser consciente de mis propios pasos. Me estacioné frente a la casa del doctor Eusebio González. Allí había ya varias patrullas y dos camionetas de los forenses. Cuando llegué a donde estaba el cadáver me acerqué en silencio. Algunos agentes levantaban indicios. Se acercó uno de los policías municipales.

—¿Es usted el agente investigador Nepomuceno Castillo?

—Con «a» —le indiqué y le deletreé mi apellido—, como la zona de España.

Él me acercó una bolsa de evidencia transparente. Era mi tarjeta manchada con sangre.

—La tenía en el bolsillo de la camisa —indicó—, supusimos que tenía relación con algún caso a su cargo.

Estuve hasta las cinco de la mañana en el lugar donde encontraron a González. Además de contestar las preguntas inquisitivas por parte de los policías municipales, quienes daban por hecho que yo había tenido que ver con el homicidio, lo difícil era explicar que él decía estar amenazado por una secta de fanáticos. Apenas había regresado a casa para volver a dormir cuando recibí la llamada del comandante en persona. Sus gritos me indicaron lo que ya sabía, que esto complicaría el caso. Prácticamente llegué directo a su oficina. Estuve sentado casi una hora viéndolo contestar una llamada tras otra, por momentos en su teléfono fijo, a veces en su celular.

—¡Me lleva la chingada, Castillo! —dijo en cuanto tuvo un minuto de calma.

—Le advertí que Volta había sido asesinado —contesté sin entender del

todo por qué ahora me culpaba. Rubio manoteó, golpeó el escritorio un par de veces, hizo amagos de levantarse y finalmente resopló.

—¿Qué avances me tiene con el caso del primer escritor?

Yo suponía que no podía mencionar a los Real Visceralistas. Traer a colación la posibilidad de una especie de secta implicaría que me quitara el caso y me despidiera.

—Creo que fue un caso de venganza. Volta tenía las posibilidades de acabar con la carrera de escritores novatos, de terminar con las aspiraciones de colegas suyos que cayeran de su gracia.

—¡Deme nombres, Castillo! —gritó poniéndose de pie—. Ya sabe el método a seguir, los traemos a chingadazos y les sacamos la verdad porque se las sacamos.

—Aún es muy pronto, pero ya tengo un par de sospechosos —mentí.

—Necesitamos resolver esto —dijo con su voz aguda—, queda una semana para que inicie la pinche feria esa, y si con dos escritores chillaban que «los estaban matando», imagine ahora que son tres y al último lo entrevistó uno de mis agentes. No necesito recordarle que gente de arriba nos presiona. Tienen mucho poder político y económico en ese evento, Castillo; lo último que quieren es que esa gente esté temerosa y preocupada.

Antes de regresar a la casa del doctor González, quise saber si tenían algún avance los forenses. Al llamarlos me dejaron en la línea por más de 15 minutos, finalmente me contestaron que apenas lo básico, como siempre tenían sobrecarga de trabajo. Me dirigí hacia allá esperando pudieran darme más indicios. Una marcha en la carretera a Chapala había hecho colapsar el tráfico desde avenida Lázaro Cárdenas. Aproveché el tráfico lento y decidí marcarle a Esther. Ella de inmediato me reclamó si no iría a ayudarle con la niña. Le comenté del crimen cometido esa madrugada y que trabajaría todo el día. Me pidió que tuviera cuidado, pero que en cuanto pudiera fuera a ayudarle; debido al embarazo cada vez le costaba más atender a nuestra hija. Debo ser el agente investigador más mandilón de México, pensé cuando finalmente colgó.

El Instituto Jalisciense de Ciencias Forenses estaba, como siempre de algunos años para acá, y al igual que nosotros en la Fiscalía, completamente rebasado de trabajo. Las colas para identificar un cuerpo, solicitar información o hacer una búsqueda eran larguísimas. El caos en la sala de espera no se comparaba con el de las salas de análisis. Un joven con ojeras

marcadas me llevó al cuerpo de González.

—Disculpe por la presión —dije al ver su expresión molesta mientras destapaba el cuerpo—, tenemos órdenes de resolver esto a la brevedad.

—Lo sé —respondió con voz cansada antes de bostezar—, su jefe nos lo dejó muy claro. Aunque aún necesitamos los resultados de algunas pruebas de laboratorio, sin duda murió a causa de los tiros.

Ya había visto los disparos gracias a los forenses en su casa, pero necesitaba más información.

—¿Fueron mortales?

—Los dos primeros no, estuvo varios minutos desangrándose, pero el definitivo fue en la cabeza.

—¿Qué dice el informe de balística?

—Fue con la misma pistola, una calibre .40 —indicó el forense pasándome el informe.

—No es un calibre usual y no me parece el arma que usarían en un asalto.

—¿Quién puede asegurarlo en estos días? —respondió—. Vemos tantos cadáveres de unos años para acá que lo único poco común es que los dejen vivos.

—Supongo que tiene razón —agregué mientras acercaba mi rostro al del doctor González; sus ojos permanecían muy abiertos, como si hubiera visto un monstruo justo antes de morir.

En la casa de González no encontré señales de lucha, la puerta no había sido forzada. Me extrañó, con lo paranoico que era no le hubiera abierto la puerta a un desconocido. Pasé la mañana revisando la sala, su cuarto y la cocina. Todo parecía en el mismo orden, si se le puede llamar así, que tenía desde mi última visita. Definitivamente no era un robo. Encontré, debajo de un librero, un celular de un modelo anticuado. El doctor González era de la vieja escuela. Lo desbloqueé con facilidad y revisé el registro: había un par de llamadas de un número que marcaba «privado», poca gente lo hace pero se puede configurar el teléfono para que no aparezca el número de quien realiza la llamada. Apunté que debía solicitar el historial de llamadas, allí sí aparecería. Después revisé sus mensajes de texto. Tenía uno de parte de Aranza. No solo le recriminaba haber dado su nombre a la policía, sino que aseguraba que «se las pagaría todas completas».

Me detuve estático. Era una amenaza lo suficientemente clara como para arrestarlo. De inmediato le marqué al Comandante y comenté que había encontrado una amenaza a González de uno de los que yo tenía de sospechosos. Esa tarde arrestaríamos al escritor. Justo al salir de la casa me topé con una mujer que me preguntó qué hacía allí. Le aclaré que era agente de la Fiscalía e investigaba quién había matado al doctor. Empezó a gritarme como loca que era mi culpa, que le advirtió a su padre que no se metiera en problemas, que todos los policías éramos unos hijos de puta. La dejé mientras me acusaba de todos los males de la ciudad. Los vecinos ya se habían acercado y me miraban con expresión de odio. Tuve que echarles el auto encima para que me dejaran pasar.

Las personas, en la zona de más densidad poblacional de El Sauz, parecían asustadas. No contaba con que los sábados se ponía un tianguis por la calle Isla Zanzíbar. Además de complicarnos la circulación, nos expuso a cientos de vecinos que nos miraban nerviosos mientras pasábamos. Tal vez asumían que íbamos por algún narcotraficante, por el jefe del crimen en la zona o para arrestar a una pandilla completa. No imaginaban que el operativo era para apresar a un poeta.

El comandante Rubio me ordenó que dirigiera la operación en persona, a pesar de hacerle ver que yo era un agente investigador, no alguien especializado en arrestos y mucho menos en este tipo de incursiones. Me movía con lentitud con el traje antibalas que me obligaron a usar, juraría que me veía como una tortuga tratando de andar en dos pies. Al llegar al departamento de José Aranza tuve que decidir entre tocar y apelar a que se rindiera, o sencillamente tirar la puerta. Supuse que debía mostrar algo de civismo. Toqué con fuerza y él entreabrió dejando la cadena, por lo que apenas se asomó una parte de su cara de zarigüeya.

—¿Diga? —preguntó con toda la calma, como si yo no llevara una coraza y detrás de mí no estuvieran seis policías apuntándole con sus armas.

—¡Estás arrestado!

—Chinga tu madre —dijo y cerró la puerta.

Ese gesto bastó para que el escuadrón me hiciera a un lado y con un ariete la tiraran en pocos segundos.

Cuando entramos él estaba cómodamente sentado, fumando un cigarrillo de

mariguana y con un libro en las manos.

—¡Te repito que estás arrestado! —grité y me acerqué a él.

Se puso de pie y me escupió al rostro. Mis compañeros se quedaron paralizados observando mi reacción. Mi estómago soltó cuanto ácido tenía, volvió a mostrar su sonrisa de zarigüeya. Cerré mis puños, me imaginé golpeando su cabeza contra el suelo. El enojo subía por mi torrente sanguíneo hacia el cerebro... y no hice nada. Solo les grité que lo arrestaran. Los policías de inmediato se arrojaron sobre él. Me pareció que algunos hacían sonidos de gallina a mi espalda.

Ya esposado lo pusieron frente a mí.

—¿Insistes en que maté al mamón de Raúl Volta?

—Seguramente —respondí—, pero te estamos arrestando por asesinar a Eusebio González anoche.

—¡Pendejo! —dijo con una sonrisa cínica—. Ayer pasé toda la tarde y noche en las oficinas de la Editorial Paraíso Perdido. Pregúntale a Antonio Marts. Apenas lo sacaron del departamento, apunté el nombre para visitarlo esa misma noche.

Mientras se lo llevaban me quedé con un equipo de forenses a buscar indicios que probaran que estaba relacionado con el homicidio. Debíamos darnos prisa, mis compañeros estaban nerviosos. Le tenían miedo a las pandillas y bandas que controlaban esa colonia.

En el departamento de Aranza no encontramos nada que lo incriminara como asesino, incluso la mariguana que localizamos no alcanzaba para que lo metieran a la cárcel más que unos días. Yo sabía que debía haber algo, pero solo encontrábamos libros y más libros. Cuando finalmente emprendimos el regreso estaba convencido de que había cometido un error, pero era tarde para retractarme.

La junta con Rubio fue como preví en el camino a la estación: un desastre. Cuando le dije que la amenaza era un mensaje de texto por el celular, y que el detenido tenía una coartada, explotó. Nunca lo había oído gritar tantas mentadas de madre por minuto, su voz de por sí aguda se volvió tan irritante que supuse que rompería los cristales. Me recordó cuán imbécil era a sus ojos, qué tanto me odiaba y lo cerca que estaba de que terminara siendo, no solo despedido, sino un ejemplo de lo que les espera a los que no siguen sus órdenes. Incluso me pareció ver que el Lamebotas, siempre sonriente en este



tipo de situaciones, me miró con cara de preocupación; al final me aseguró que podrían retenerlo unos días.

No bien regresé a mi escritorio investigué sobre Antonio Marts. Encontré que era diseñador, editor y poeta. No otro más, pensé en ese momento. Era el director de una editorial en la ciudad llamada Paraíso Perdido. A pesar de ser ya casi las nueve de la noche del sábado decidí marcarle, necesitaba confirmar la coartada de Aranza. Él me respondió que estaban muy ocupados, faltaba menos de una semana para la FIL y no tenía absolutamente nada de tiempo. Yo le insistí que era cosa de unos minutos, además de ser algo oficial, podía haber vidas en peligro. Me dio la dirección de sus oficinas y me dijo que me esperaba allí.

—¿En sábado por la noche? —pregunté pensando que me tomaba el pelo.

—No me lo recuerde —contestó antes de colgar.

Me estacioné afuera de un pequeño edificio en el cruce de las avenidas Inglaterra y Arcos, justo enfrente del «pájaro amarillo». Toqué el timbre, y a los pocos minutos, a través de la puerta de cristal que permite entrar al lugar, vi bajar a un hombre de barba oscura y saco. Por las fotos que encontré en la red me quedó claro que no era Antonio Marts. Me abrió con una sonrisa y, al darle mi mano, se presentó como James Nuño.

—Agente investigador Nepomuceno Castilla —indiqué mostrando mi credencial.

—Sígame, estamos en el segundo piso.

Me hizo pasar a una sala donde me dijo que lo esperara. Me dejó solo unos minutos. A mi izquierda estaba una mesa con cuatro computadoras cuyos monitores eran enormes, por lo menos no eran cubículos como los de mis oficinas. A la derecha había un librero de metal y madera con lo que supuse eran las obras que publicaban. Me acerqué a verlos, prácticamente ningún nombre de los que vi allí me pareció conocido. En otra de las paredes había una chimenea sobre la cual reposaban más libros. A los pocos minutos regresaron ambos.

—¿Mucho trabajo? —pregunté para romper el silencio que siguió a que tomáramos asiento.

—No se imagina —respondió Antonio; acariciaba su barba oscura llena de canas.

—Ya sabe, en unos días es la Feria del Libro y estamos a marchas

forzadas sacando los últimos libros —comentó James.

—No los interrumpo mucho —les dije entendiendo que no estaban con mucha disposición a perder el tiempo—, solo quiero corroborar una información.

Les pregunté si conocían a José Aranza, a lo que contestaron afirmativamente. Después de eso me confirmaron que había estado con ellos la noche anterior hasta las dos de la madrugada. Eso casi lo exoneraba.

—¿Y qué hacía Aranza aquí con ustedes?

—Dábamos las últimas revisiones a un libro —contestó el editor Marts, quien se había mantenido con un rostro serio y sin expresión desde que llegué.

—¿Le van a publicar un poemario?

—¡Nombre! —soltó Nuño como si yo hubiera dicho algo grave.

—Es un libro de ensayos sobre la escritura de poesía, recibió un apoyo gubernamental y necesita quien se lo maquete, debe entregarlo impreso en unos días —aclaró Antonio.

Les cuestioné sobre la opinión que tenían de Aranza, si creían que era alguien peligroso. Ambos coincidieron en que tenía un carácter irritable, pero en los años que lo conocían no le habían sabido de algún problema que fuera más allá de una pelea de palabras con otro escritor, poeta o funcionario cultural.

—¿Entonces no creen que sea capaz de matar? —Se miraron entre ellos, me quedó claro que sabían lo que le había pasado a González. Les pregunté sobre Raúl Volta, pero de nuevo me aseguraron que apenas lo conocían como lectores, que si acaso habían coincidido en algún evento, este seguro ni siquiera los ubicaba.

Después de casi una hora de indagar, apenas había obtenido algún dato nuevo de Aranza o González, y prácticamente nada sobre Volta. Pregunté por Patricio Valenzuela, Antonio dijo conocerlo; James no tenía idea de quién era. Lo que el editor comentó no era muy distinto de la información que me habían dado antes: era un poeta que se había acercado a la comunidad artística hacia unos años, no sabía nada sobre su vida personal y que un buen día desapareció de eventos, lecturas y blogs.

Se veían cansados e inquietos, supuse que querían volver al trabajo. Finalmente, ya como recurso desesperado, les pregunté si sabían qué podía significar el número 999. Su expresión se tornó grave.

—Justo estamos por publicar un libro con ese título, *Novecientos noventa y nueve*, una novela que escribió un colaborador de la editorial —me contestó Antonio y, ante lo que supongo fue mi cara de duda, me aclaró que en esa obra el autor había retomado una serie de leyendas urbanas sobre una supuesta sociedad de asesinos de escritores críticos de Arturo Belano.

—¿Y quién es el escritor de ese libro? —Esperaba que finalmente pudiera encontrar a alguien que me diera respuestas, aunque fuera otro escritor.

—Se llama Cástulo Aceves —respondió Antonio dubitativo.

Ah nombrecito, pensé pero no dije nada; llamarse Nepomuceno me prohibía burlarme de cualquiera.

—Solo necesito que declare y me proporcione información. ¿Pueden darme su número de teléfono o algo para contactarlo?

Se miraron entre ellos por un momento, tras lo cual me pasaron los datos y comentaron que vivía en la colonia Las Águilas.

—Mire —dijo Antonio Marts, se puso de pie y abrió un cajón—, este libro lo publicamos hace unos años. —Era un ejemplar delgado, casi de bolsillo, donde aparecía la foto del hocico de un perro en la portada.

No sabía para qué me lo mostraba, aunque recordé esa manía de los poetas por regalarme sus obras. Lo guardé en uno de los bolsillos de mi gabardina.

—Son treinta y cinco pesos —agregó el editor con seriedad.

Me debatí entre regresar el libro, reírme o decirles que lo usaría como prueba y por ley podía quedármelo. Opté por pagarlo, ya era mucha la mala fama que teníamos los agentes de la Fiscalía. Les di una tarjeta y les pedí que si llegaban a saber algo más se comunicaran conmigo. Ellos se despidieron con amabilidad, yo regresé al frío de la noche.

Eran poco más de las once. Al día siguiente pasaría por mi hija y seguro mi casi exesposa me regañaría por no haberla recogido el sábado. Me acerqué a la que era mi antigua casa para cerciorarme de que todo estaba bien. Me quedé allí unos minutos, pensando en ella, en mi hija, en lo ocurrido la última semana. Realmente me preocupaba que les pasara algo. Salí del auto y miré a todos los ángulos. No sabía si alguien me seguía, si las estaba poniendo en peligro o solo era mi imaginación. Decidí volver a mi departamento, la noche me pareció terriblemente sombría.

## 7

Ese domingo me levanté un poco más tarde, estaba exhausto. A las nueve de la mañana sonó mi teléfono, antes de siquiera ver la pantalla esperaba que no fuera otro escritor muerto. Resultó ser mi casi exesposa, quería saber a qué horas pasaría por mi hija. Tomé un baño rápido y me dirigí hacia la que fue mi casa. Cuando ella me abrió de inmediato le di un abrazo.

—¿Estás bien? —preguntó mirando mi rostro.

—Ha sido una pésima semana —respondí tratando de esbozar una sonrisa. Después puse mi mano en su vientre—. ¿Cómo está Nepomucenito?

—Bien —contestó ella poniendo su mano sobre la mía—, pero ya sabes que no se llamará así.

—Terminarás con un legado de tres generaciones —repetí siguiendo un guion. Esa discusión la habíamos tenido tantas veces que ya era un chiste para saludarnos.

—Estaba en el contrato prenupcial —culminó ella y se alejó. A los pocos minutos trajo a mi hija.

—Para compensarte lo de ayer, hoy estarás todo el día conmigo —le dije a mi niña y ella sonrió alegre. Su beso infantil en mi mejilla hizo un poco más brillante la mañana.

Desayunamos en un restaurante de la avenida Copérnico y nos encaminamos al parque de La Calma. Mientras ella jugaba en los columpios recordé que traía el libro de Cástulo Aceves en el bolsillo. Lo leí con rapidez. Eran dos cuentos. El primero trataba sobre un crimen pasional, el cual me pareció plagado de palabras erróneas al momento de describir un crimen y, sobre todo, que un verdadero agente investigador hubiera resuelto el caso con facilidad. El otro era sobre el voyerismo en internet, seguramente basado en su

vida personal. ¿Que a los escritores no se les ocurre escribir sobre algo más que sí mismos?

Dejé el libro a un lado e intenté contactar a los poetas que conocí en el taller, tal vez alguno conocía el paradero actual de Patricio Valenzuela o podía darme alguna nueva pista. Jessica Midori no contestaba al teléfono y el número que supuestamente era de Tiberio Lua indicaba que no existía. También traté de volver a contactar a la señora María Font, aún tenía que reclamarle su mentira e indagar sobre la foto reciente del poeta que estaba buscando, pero no contestaba su teléfono. Pensé en ir a su casa, pero era domingo, estaba con mi hija y merecía un descanso. Los muertos podían esperar.

Decidí marcarle a Aceves. Me contestó extrañado, supongo, de recibir una llamada de un número desconocido en pleno fin de semana. Me presenté y expliqué mis motivos: me habían dicho que él era un experto en Belano y necesitaba información. Me respondió que ya había hablado Antonio Marts con él, que podía pasar a su casa a la hora que quisiera. Era muy cerca, en la calle Sierra de Bolaños en Las Águilas. Le pregunté si podía llevar a mi hija, lo cual no me gustaba del todo; basado en sus cuentos, lo imaginé como un perverso que vivía en una casa desordenada, no quería exponerla a semejante persona. Me respondió que no había problema, tenía dos hijos y podían jugar mientras hablábamos. Quedé en pasar poco después de las cuatro.

Llegamos a la hora convenida. Era una construcción de tres pisos, con cochera para dos autos, en una calle donde todas las casas parecían luchar hombro con hombro por permanecer al frente. Él mismo me abrió. Por un momento me sentí confundido. Vestíamos en forma similar: bermudas, huaraches y una camisa de fútbol de un equipo europeo, aunque yo portaba la del Barcelona y él la del Inter de Milán. También, más allá de la vestimenta, teníamos sobrepeso, el mismo corte de cabello y casi la misma barba: yo la usaba de candado y él solo en la barbilla. Incluso, me pareció en ese momento, teníamos facciones y color de piel similar. Creo que él tuvo la misma sensación extraña, pues se quedó silencioso viéndome.

Le mostré mi identificación, como no traía ropa de agente no quería causar desconfianza. La leyó con atención y me dejó pasar. Me presentó a su esposa e hijos, un pequeño de cuatro años y una hija casi de ocho. Yo le presenté a mi

pequeña de cinco. De inmediato empezaron a jugar juntos, él y yo pasamos al tercer piso.

—Disculpe el desorden —comentó al llegar a lo que parecía un estudio. Había juguetes tirados, libros en pilas sobre el escritorio, papeles desparramados y una *laptop encendida*.

—No se preocupe, sé lo que es tener niños en casa —respondí y tomamos asiento.

En ese momento observé su biblioteca, el primer estante de un librero estaba lleno de obras de Arturo Belano, definitivamente era fanático suyo. Me llamó la atención que tuviera una colección de libros de criminología. Ese detalle era importante. Después de todo, el hecho de que hubiera un 999 pintado en una escena del crimen, y él estuviera por publicar un libro llamado así, lo ligaba de alguna forma al caso. Parecía el argumento de una mala película policíaca.

—¿Sabe algo de los recientes asesinatos de Margarita Vedeu, Raúl Volta o Eusebio González? —le cuestioné.

—Recuerdo una lectura donde coincidí con Margarita. A Eusebio lo ubico por las redes sociales y a Volta si acaso por sus libros —respondió sin detenerse mucho.

—¿Qué sabe de los Real Visceralistas?

Me respondió más o menos lo mismo que yo había investigado; se podía apreciar no solo que era fanático, sino que le gustaba hablar. Cuando finalmente guardó silencio, le hice una pregunta para ver su reacción:

—¿Sabe por qué había escrito un novecientos noventa y nueve en el departamento del cual fue arrojado Raúl Volta?

Sus ojos se abrieron, con una de sus manos se rascó la barbilla. Me pareció evidente que no tenía idea.

—No lo sé —dijo al fin.

—Usted está por publicar un libro llamado así. ¿Por qué razón escogió ese nombre? —agregué apuntando con mi dedo hacia su colección de criminología—. Entre ese indicio que lo conecta con el homicidio y esos libros de allí ya tendría material para llevarlo arrestado.

—Es por una tontería —respondió Aceves claramente nervioso por mi acusación—, hay una leyenda urbana acerca de una especie de sociedad secreta que mata a los críticos de Belano. Supuestamente se llaman los

Novcientos Noventa y Nueve.

—¿Usted pertenece a esa sociedad secreta?

—No, claro que no.

—¿Dónde estuvo la tarde del domingo pasado?

—Aquí en casa con mi esposa e hijos.

—Necesitaré que su esposa haga una declaración.

—Cuando usted guste.

—Bien, descartando eso, necesito que me diga todo lo que sepa sobre ese número, no me parece casualidad que el presunto asesino de Volta lo hubiera escrito en la pared.

Empezó por indicarme que mientras los Real Visceralistas son un movimiento poético, los Novcientos Noventa y Nueve son algo así como una secta, material de conspiranoicos. Me explicó que existía una creencia: muchos de los grandes escritores debían su fama, más que a su calidad, a grupos que desde la sombra se encargaban de imponer al autor que idolatraban usando estrategias parecidas a las de la mafia.

—Según los rumores, varios críticos de Belano han fallecido en los últimos años a lo largo del mundo —dijo con seriedad al tiempo que se levantaba y, de un cajón, sacaba una carpeta de argollas—. Mire —comentó abriendo la carpeta, mostrándome una especie de índice—, hice una recopilación de noticias de escritores, críticos y editores muertos en los últimos años. Busqué cuáles estaban en contra de Belano y me encontré algunos casos.

—Pocos meses después de que Belano muriera —mostró con el dedo el primer nombre—, uno de sus más feroces críticos, un español, desapareció en un viaje familiar a los Pirineos. Fue encontrado semanas después debajo de un lago congelado usado normalmente para patinaje. Al año siguiente un escritor, con quien se sabía que Belano se fue a los golpes, falleció ahogado en el mar.

—Parecen casualidades, esas muertes son demasiado accidentales —dije viendo la carpeta que acababa de pasarme.

—Tal vez —respondió llevándose la mano al mentón de nuevo—, pero son muchas «casualidades». Por ejemplo este otro. Tres años después de que Belano falleció, un miembro de la editorial que le publicó toda su obra se suicidó ahorcándose con el cable del teléfono en su casa. Este último no era su crítico, pero era el único que impedía que una editorial internacional comprara

los derechos de distribución de sus libros. Más o menos por la misma época, un poeta en Brasil, que llamó a Belano un fenómeno sobrevalorado y estúpido, fue encontrado muerto con una suástica marcada con hierro candente en su pecho. El crimen se atribuyó a los grupos neonazis que existen allá, supuestamente nietos de los alemanes que huyeron a sus pueblos escondidos en la selva. En Chile, de donde es originario Belano y es el lugar que más detractores tiene, pues hablaba pestes del círculo literario de allá, encontraron a una escritora ahogada en una tina de su casa.

Me sorprendió la investigación meticulosa que Cástulo había realizado usando solo internet.

—¿Y esto está en su novela? —pregunté cerrando la carpeta.

—Más o menos —confesó—. Es una ficción donde el protagonista, un estudiante de Letras, descubre que a Cortázar lo encumbró un grupo internacional llamado Los Cronopios. Años después se convierte en policía y se encuentra con un complot internacional que mata a los críticos de Belano.

—Se oye interesante —dije pensando que tal vez me estaba tomando el pelo, él no notó la ironía—. ¿Es una novela policíaca?

—Algo así —respondió sonriente—. ¿Sabe?, es una lástima que hasta hoy lo conozco, me hubiera ayudado tener información de primera mano de un verdadero policía mientras la escribía.

—Agente investigador —aclaré—, y de hecho debo seguir con las preguntas. ¿Conoce a Patricio Valenzuela?

Volvió a palidecer.

—De él escuché sobre los Novecientos Noventa y Nueve por primera vez.

—Entonces, ¿lo conoce?

—Poco, coincidimos en algunas lecturas hace unos años. Él es poeta y compartimos la fascinación por Belano.

—¿Cuándo le mencionó a los Novecientos Noventa y Nueve?

—Precisamente en un homenaje organizado por sus cinco años de fallecido. Yo en ese entonces ya había leído la mitad de sus libros. En mi charla dije que a mi gusto él era mejor cuentista que novelista, y no se diga que poeta. Al terminar Patricio se acercó, ya algo tomado, y empezó a gritarme que era un imbécil, que la poesía era el máximo punto de cualquier escritor, especialmente en Belano, que cómo me atrevía a manchar su imagen. Comentó que donde siguiera diciendo pendejadas, seguro me encontrarían los



Novecientos Noventa y Nueve y me matarían.

—Entonces, ese rumor tiene más de una década —comenté después de sacar las cuentas en mi cabeza.

—Algo así —respondió—, precisamente debe haber sido la última vez que supe de Patricio.

—¿Cree que me pueda dar algún dato para contactarlo?

—Lo dudo —contestó—, pero intentaré localizarlo.

—No se vaya a arriesgar —le advertí—, tengo la sospecha de que es alguien bastante peligroso.

—¿Patricio? Siempre me pareció alguien amigable.

—Le sorprendería lo que es capaz de ocultar una persona.

En ese momento me levanté para dar por terminada la entrevista. Le hablé a mi hija que de inmediato renegó, decía estar jugando muy contenta.

—Déjelos un rato —intervino Aceves.

Lo pensé unos minutos, mientras él abría la puerta a una pequeña terraza.

—Está bien —contesté finalmente, no solo se veía apacible el lugar, sino que yo necesitaba un pequeño descanso. Él me dejó un momento solo. Desde allí se veía la ciudad hasta el horizonte, las nubes se abrían y permitían contemplar al sol que pronto se pondría. Me dio un súbito sentimiento de que tal vez era uno los últimos atardeceres en la tierra.

Los niños jugaron unos minutos más, yo continué charlando con Aceves en medio de silencios incómodos, era consciente de que a nadie le gusta tener a un policía «de visita» en casa. Cuando finalmente le llevé la niña a mi casi exesposa pensé que me esperaba otro reclamo. Sin embargo, Esther no me riñó por no haber llegado más temprano. Por el contrario, parecía silenciosa.

—¿Estás bien? —pregunté una vez que dejé a la niña en la cama.

—No es nada —dijo tocándose el vientre—, ojalá las cosas no fueran así.

—¿Tu nuevo novio?

—La vida está llena de decepciones —respondió con temblor en su voz. No quiso platicarme nada, así que me despedí recordándole que, a pesar de todo, seguíamos siendo amigos. Ella soltó el llanto en mis hombros. Salí de la casa hasta que se quedó dormida en su cama.

Mientras regresaba a casa pensé en el escritor con quien había pasado la tarde, en su familia, en los gritos de los niños y la forma como su esposa lo

abrazó cariñosa. Yo acababa de dejar a la que fue mi pareja embarazada en la que era mi casa. Las calles eran silenciosas los domingos por la noche. Cuando bajé del auto, y abrí la puerta de mi departamento sin muebles, me sentí terriblemente solo.

## 8

La mañana del lunes llegué a la oficina después de dejar a mi hija en la guardería. Era un hecho que el caso no podía ser declarado suicidio, además se había complicado con la muerte de Eusebio González. Aunque ya eran tres escritores, para mí era obvio que no se trataba de un asesino serial: habían sido circunstancias muy distintas, y no había un patrón o muerte ritual. El rumor que Aceves me compartió difícilmente se tomaría en serio, mucho menos aplicarse a una situación local. En ese momento pensé que podía volver a buscar información de Patricio Valenzuela, pero sería inútil. Recordé que le había dado de plazo hasta el sábado al mediodía a la señora Font para que me hablara, pero entre el asesinato del doctor González y el arresto de Aranza nunca me acordé. Intenté marcar, pero su teléfono ahora estaba apagado. En unas horas tendría que visitarla. Por supuesto blofeaba con aquello de llegar a arrestarla, ningún juez me concedería la orden basándose en la foto de un blog. Por lo menos debía visitarla para sacarle lo que realmente sabía de Valenzuela.

Antes de volver a tratar de comunicarme con Jessica Midori y Tiberio Lua, decidí buscar información sobre ellos. De la primera, aunque no encontré nada en los sistemas policíacos, había mucho en internet: tenía más de cinco sitios distintos, cuentas en varias redes sociales y todo era información pública. Al entrar en uno de sus blogs, además de poesías eróticas, estaban autorretratos con desnudos. Algo nervioso por estar en la oficina, empecé a recorrer la página. Debía reconocerlo, si me había parecido bella en persona, estas fotos me dejaban sin palabras. De Tiberio Lua tampoco encontré antecedentes. En internet, fuera de un blog con algunos poemas y fotos de mujeres fisicoculturistas en minúsculos bikinis, no tenía más redes sociales ni información que me pudiera servir.

Al marcarle a Tiberio el resultado siguió siendo un número inexistente. María Font también me debía una explicación por eso. En cambio, al marcarle a Jessica me respondió de inmediato. Le dije que yo en realidad era agente investigador y necesitaba entrevistarla. Por su tono de voz supe que se asustó un poco, pero quedamos de vernos en un café esa tarde. Esperaba que ella me diera información fidedigna.

En el transcurso de la mañana llegó el reporte de los forenses sobre el departamento de Raúl Volta. Tardaron solo siete días, de verdad los estaban presionando, casi tanto como a mí. No había ninguna información útil. Por más que leí una y otra vez la carpeta, no encontré algún indicio que me permitiera otra línea de investigación o buscar a alguien en particular. Habían encontrado pares de huellas en el balcón que indicaban que alguien había estado allí recientemente, pero de nuevo era evidencia circunstancial.

Estaba por salir rumbo a la casa de María Font cuando el senador Bianchi se asomó a mi cubículo.

—Buen día, Castilla. —Al menos él sabía correctamente mi apellido.

—Buenos días, senador —respondí poniéndome de pie.

—Hace años que no me daba una vuelta a este lugar. Qué rápido pasa el tiempo, ¿no cree?

—Eso dicen. ¿Lo puedo ayudar en algo?

—¿Cómo va el encargo? Ya pasó el fin de semana.

—Ha habido complicaciones, ¿le comentaron de la muerte del doctor Eusebio González?

—Me lo dijo Rubio hace unos minutos, pero por lo que me comentó él, no tiene nada que ver. No entiendo por qué esto vendría a entorpecer la resolución del caso de Volta.

—Solo necesitamos descartar algún vínculo —le mentí: no necesitaba más presión.

Él se quedó callado durante un par de minutos, mirando el caos en mi cubículo y examinando mi semblante. Salió sin despedirse. Para no perder más tiempo, me encaminé a la casa de María Font.

Al llegar me llamó la atención algo: su banqueta estaba llena de hojas y polvo, lo cual contrastaba con las casas a los lados. Supuse que no había ido la sirvienta, o tal vez, no estaría en casa y mi vuelta era una pérdida de tiempo. Timbré varias veces sin obtener respuesta. Con un mal presentimiento busqué

por dónde dar un vistazo. Recorrí la barda exterior hasta dar con el punto de unión con la casa siguiente. Sobre el muro había una malla ciclónica y encima de esta una cerca electricada, pero no pensaba brincarla, solo quería asomarme, ver si todo estaba en orden. Cuando, con muchos trabajos, logré escalar el muro, aferrado al alambrado, bastó una mirada para descubrir un cuerpo flotando en la fuente en medio del patio. Esta estaba funcionando y el agua escarlata caía rodeando la estatua de la dueña, formando, a lo lejos, una imagen que me provocó un dolor de estómago. María Font estaba muerta.

Esperé en el auto a que llegaran refuerzos y personal con las herramientas necesarias para abrir la puerta. Adentro confirmamos lo que yo había visto desde la cerca: el cuerpo de María Font flotaba en la fuente. Tenía por lo menos 48 horas de evolución cadavérica. A pesar de que se necesitaba un análisis completo, parecía evidente que el deceso se debía a una serie de balazos en el pecho. Encontramos algunos indicios importantes: no habían forzado la puerta; a ella la habían matado en la sala, lo que dedujimos por las manchas hemáticas, y después la llevaron a la fuente arrastrándola. Me llamó la atención que no se hubiera reportado la sirvienta que le ayudaba, por lo que le hablé al Lamebotas y le pedí me ayudara a investigar quién era y girar una orden de búsqueda.

—¿Crees que fue ella la homicida? —preguntó el Lamebotas cuando le dije los pocos datos que teníamos.

—En realidad no, pero seguro sabe algo sobre la muerte de su jefa, es mucha casualidad que se haya ausentado el fin de semana.

En su estudio busqué entre cartas, papeles y cajones. El lugar lucía desbordado, con pilas de libros y documentos cubriendo cada mueble y espacio que no fuera el suelo. ¿De verdad así de desorganizados eran todos los escritores? Prendí su computadora, les había solicitado a los forenses la dejaran cuando descubrimos que no tenía clave de acceso, agregando que yo mismo la llevaría a revisar si no encontraba algún indicio que pudiera ayudarnos. Busqué en sus redes sociales y no encontré, por lo menos en los mensajes recientes, ninguna amenaza ni indicación de quién pudo haberla visitado. Revisé también sus últimos correos sin hallar nada. Cuando busqué alguno de Patricio Valenzuela descubrí decenas de ellos, algunos donde le mandaba sus poemas y decía que descubrir a Arturo Belano como autor había cambiado su vida. Otros donde aseguraba que él quería ser un Real

Visceralista y llevar la poesía a un extremo nunca antes visto, que él cambiaría todo. En el último correo, fechado unas semanas atrás, le decía que le presentaría el proyecto a Volta, que precisamente por su animadversión a Belano, que él escribiera la introducción le daría importancia al libro. Ella nunca respondió. Me quedaba claro que se habían reunido, y estaba la posibilidad de que él fuera la última persona que la vio con vida.

Pasé el resto de la tarde buscando indicios con los forenses, hasta que salí apresurado a recoger a mi hija de la guardería. Cuando dejé a la niña en casa de Esther, le dije que el caso se había complicado, le expliqué que ya eran tres los muertos y que tenía mucha presión, hacía tiempo que no me sentía tan mal. Para mi sorpresa, ella se acercó.

—Solo cuídate —agregó—, de verdad nos haces falta.

—Claro, por eso estamos separados.

—No seas tonto, nuestra hija, nuestro futuro hijo, aún necesitan a su padre. Se tomó el vientre y después me abrazó. Empezó a llorar.

—Ojalá las cosas hubieran sido diferentes —murmuró.

La abracé en silencio durante un rato. En mi cabeza no había palabras de perdón ni de reclamo, lo cierto es que no lograba quitarme la imagen del cuerpo flotante de María Font, del cadáver de Eusebio González, de los restos desperdigados de Raúl Volta. Tampoco lograba olvidar el aroma a sangre, que estaba empezando a envolverlo todo y consumirme.

Pensaba dirigirme a casa cuando recibí una llamada de un número desconocido. Al contestar distinguí la voz de la esposa de Cástulo Aceves. No podía contactarlo.

—Tranquilícese —le pedí.

—Salió desde las seis —respondió su esposa entre gimoteos—, no dejó dicho a dónde iba.

—Un par de horas no son razón para asustarse.

—Pero, pero —tartamudeó—, recibí un mensaje desde su celular pidiendo ayuda y después de eso me manda a buzón.

—Mire —respondí usando mi voz más calmada posible—, vamos esperando unas horas más. Si no llega a dormir con mucho gusto le ayudo a buscarlo. —Pensé en indicarle que el procedimiento normal era esperar 24 horas y levantar una denuncia, pero parecía muy afligida.

Ella me agradeció entre llantos. No bien le colgué recibí una llamada de Jessica Midori, la había olvidado por completo.

—Me dejó plantada —dijo a manera de saludo.

—Surgió una emergencia policíaca, discúlpeme —contesté esperando que ella aceptara mover la entrevista para el día siguiente.

—¿Puedo verlo ahora? —preguntó con voz temblorosa—. Creo que estoy en peligro.

—¿Qué es lo que pasa?

—Por favor venga a mi casa —me pidió y no pude negarme.

Me dio su dirección y me encaminé para allá. Eran cerca de las diez cuando llegué a su departamento. Las luces estaban prendidas y ella abrió de inmediato. Vestía una blusa ligera y un *short* minúsculo.

—Ya decía yo que no era poeta —dijo invitándome a pasar—, se notaba a leguas que no tenía idea de lo que estábamos hablando.

—Gracias —contesté. En ese momento me pareció un halago.

Ella, sentándose junto a mí en el sillón en vez de en el lugar de enfrente, afirmó que cooperaría. Empecé con las preguntas de rigor. Básicamente me decía lo mismo, que a Volta lo conocía solo de algunas reuniones y presentaciones de libro, que a González porque había sido su profesor en la carrera de Letras y que a María Font la ubicaba desde hacía un par de años, que empezó a mandarle poesías para que la retroalimentara, aunque después la invitó al taller.

—¿Y conocía antes de eso a Tiberio Lua?

—No —me dijo—, él apenas tiene unos meses asistiendo. No es muy bueno, el único tema en común que tenemos es Belano.

—¿Qué tan fan es usted de ese escritor? —aproveché para preguntarle.

—Mucho, he leído todos sus libros y puedo recitarle de memoria sus poemarios. Me parece tristísimo que no reconozcan que él cambió la literatura para siempre.

—¿Quiénes? —le pregunté mirándola a los ojos.

—Ya sabe: los escritores que dicen que está sobrevalorado, los poetas que dicen que era muy malo, los narradores que insisten en que solo lo leen los *hipsters*.

—¿Qué sabe de los Novecientos Noventa y Nueve?

—Ni idea.

—¿Conoce a Patricio Valenzuela?

—Lo conocí cuando empezaba a escribir, salimos un par de veces, pero hace años que no hemos hablado, no desde que lo internaron.

—¿Lo hospitalizaron?

—En una clínica psiquiátrica. No sé muy bien qué problema tenía, me pareció que era bipolar pues a veces se mostraba muy agresivo. Una vez me gritó de forma horrible y estuvo a punto de golpearme. Esa fue la última noche que lo vi, ya no quise saber nada más de él. Poco después me enteré de lo del hospital.

—¿Tiene algún dato para localizarlo? ¿Su familia o dónde vivía?

—Realmente no. Sé que su familia tiene dinero, aunque cuando estaba con los escritores trataba de ocultarlo. Ni siquiera usaba su verdadero nombre.

—¿Su verdadero nombre?

—Valenzuela es un apellido que se inventó. Decía que era homenaje a su personaje literario favorito. Tal vez Tiberio pueda ayudarlo —agregó—, alguna vez lo escuché decir que él lo había iniciado en la poesía y en los libros de Belano. Creo que incluso le recomendó el taller de María Font.

—¿Sabe dónde vive el señor Lua?

—Sí —respondió ella y me dio la dirección de una casa en la colonia Progreso.

—¿Por qué me dijo en el teléfono que estaba en peligro?

—Mi exnovio fue arrestado el fin de semana y hoy salió. Es muy intenso, me llamó apenas estuvo en la calle. Ha estado siguiéndome y... —guardó silencio un segundo— La maestra Font...

—La entiendo—contesté.

Ella empezó a llorar y confesó que tenía miedo. Todos sabían que estaban matando escritores en la ciudad.

—Puede confiar en mí —le dije—, pero sería bueno que fuera con algún familiar para que no esté sola. No salga de Guadalajara, por si necesitamos que declare.

En ese momento me abrazó, pegó su rostro a mi pecho y me pidió que la protegiera.

—Cuente con ello —afirmé en voz baja.



Jessica volteó y en ese instante empezó a besarme.

## 9

Desperté a las dos de la mañana. Descubrí varias llamadas perdidas y un par de mensajes de la esposa del señor Aceves, estaba desesperada. Miré a la chica dormida a mi lado, no sabía qué decirle, nunca había estado con nadie que no fuera una pareja formal. Quise abrazarla y ella retiró mi brazo con un movimiento brusco.

—Déjeme dormir —dijo con los ojos cerrados.

—Tengo que irme —comenté en voz baja—, debo atender algo urgente.

—¡Chingue a su madre! —gritó súbitamente—. ¡Tiene lo que quiere y se va!

Me vestí aprisa mientras me acusaba de aprovechado, corrupto, poco hombre y ojete. Cuando finalmente salí a la calle tenía los oídos aturdidos, de repente mi casi exesposa ya no me parecía tan terrible. El aire frío me golpeó el rostro, llovía levemente. Enfundado en mi gabardina caminé a mi auto. Una vez adentro repasé mis alternativas: podía irme a casa, después de todo en unas horas debía pasar por mi hija, o ir a la dirección de Lua solo para verificar que Aceves no estuviera allí. No tenía sentido, aun si llegaba necesitaría de una orden para entrar legalmente, pero tenía un mal presentimiento. Por otro lado, cada minuto contaba si en verdad Aceves estaba en peligro. Decidí encaminarme a la colonia Progreso, a esas horas no haría más de 25 minutos y nada perdía con echar un vistazo.

Mientras manejaba no dejaba de pensar en la joven poeta, tenía su aroma rondándome. También reflexionaba sobre la situación con mi casi exesposa: aún no me sentía separado, en el fondo creía que esto era una etapa y que, al llegar el bebé, volveríamos a ser una familia. Este encuentro sería un secreto que cargaría. Iba tan absorto en mis pensamientos que apenas noté cuando llegué. La casa que me indicó Midori era una finca de una planta, con puerta

metálica y sin cochera. No había ventanas y las paredes lucían bloques de concreto grises sin enjarrar. Una pequeña fortaleza, solo que a su lado estaba un terreno baldío. Pasé por entre los matorrales hasta el fondo del mismo, la lluvia y plantas crecidas sin orden me hicieron imaginar que me internaba en una selva. En una sección de la pared, que separaba el terreno de la casa de Lua, había una piedra enorme. Me subí a ella y quedé con el pecho arriba de la barda. El jardín trasero estaba oscuro y vacío, salvo unos tambos metálicos en uno de los rincones. Necesitaba ver más de cerca. Empecé a subir la barda utilizando los mismos resquicios entre los bloques. Seguía sin ver ningún movimiento dentro. En ese instante sentí un fuerte jalón en la espalda. La pura caída, considerando mi sobrepeso, habría bastado para dejarme fuera de combate. Ante mí tenía la enorme sombra de Tiberio Lua con un bate de beisbol en la mano. Me quedó claro que los músculos que lucía no eran en vano, bastaron unos cuantos golpes para noquearme.

Cuando recuperé la consciencia estaba colgado por los pies y amordazado. No supe en qué momento se apareció Tiberio Lua para usarme como saco de boxeo, pero entre golpes y mentadas volví a perder el conocimiento. Cuando finalmente abrí los ojos, la claridad se colaba por la ventana a pesar de estar tapada con periódico. El cuarto donde estaba colgado tenía piso de cemento y paredes sin enjarrar, era completamente gris. Junto a mí colgaba el verdadero saco de golpear.

Escuché que una puerta se abría. Me preparaba para otra sesión de golpes cuando vi entrar a José Aranza. Hizo una señal con el dedo pidiéndome silencio y me quitó la mordaza.

—No sé cuándo regrese —susurró—, vámonos en chinga.

Mi ropa estaba en un rincón del cuarto. Le pedí que buscara en el pantalón una navaja. Regresó a los pocos segundos. Cortó primero la soga que me ataba las manos y después la que unía mis pies, misma que me mantenía colgado. Me ayudó a levantarme y a andar rumbo a la salida. Generalmente soy una persona tímida, estar en plena calle en trusas me hubiera paralizado, pero dado el dolor en mi cuerpo, era lo de menos.

Ya en el auto de Aranza me vestí. Tenía más de diez llamadas perdidas de la esposa de Aceves, pero casi treinta de Esther. Entre sus mensajes pasaba del «¿Vas a venir por la niña?» al «Me hubieras avisado» seguido de un par de

groserías. Después recibí algunos donde me preguntaba angustiada si estaba bien. Ella podía esperar y le marqué al Lamebotas. Quedó en mandar varias patrullas y una ambulancia de inmediato. Cuando llamé a mi casi exesposa soporté durante algunos minutos sus gritos llamándome desconsiderado, infantil e irresponsable, antes de explicarle que estaba bien, que solo era un proceso burocrático en la Fiscalía que se complicó. No quise decirle que fui capturado y golpeado por un poeta levantador de pesas. Después de pedirle que hoy, solo por hoy recogiera ella a la niña, regresó otro minuto de quejas, pero al final se despidió pidiendo me cuidara.

Mientras esperábamos los refuerzos, Aranza me explicó que me había visto salir del departamento de su exnovia. Justo le había marcado para que hablaran y ella le dijo que tenía una visita muy importante, por lo que decidió esperar afuera para ver a quién tendría que madrearse. Cuando descubrió que era yo le dio el doble de gusto, no solo se desquitaría por lo de Jessica, sino por haberlo mandado a los separos. Me siguió pensando que íbamos a mi casa y, al descubrir que me metí al baldío, decidió esperar para agarrarme desprevenido. Pudo ver a Tiberio entrar entre los matorrales y salir, minutos después, conmigo al hombro.

—¿Y te quedaste toda la noche afuera?

—Ese compa es verdaderamente peligroso —dijo mirando hacia la casa—, yo quería madrearlo, pero tampoco iba a dejar que lo mataran, aunque sea usted policía.

—Agente investigador —le recordé.

—Esperé hasta que lo vi salir con una mochila de gimnasio hace unos minutos —concluyó ignorando mi aclaración.

—Gracias, de verdad.

—Por cierto —dijo y en ese momento me soltó un derechazo—, este es por arrestarme.

—¿Por qué no contactaste con la policía? —pregunté mientras me sobaba el mentón.

—Ya le dije que no confío en ustedes.

—¿De verdad me seguiste a las tres de la mañana sin que lo notara?

—Sí —dijo esbozando una especie de sonrisa—, debe ser el peor detective de México.

—Agente investigador —insistí, como si importara.

Llegaron las patrullas, el Lamebotas y una ambulancia. Mientras me atendían mis compañeros aseguraron la casa del poeta. Tuve que firmarles a los paramédicos una forma para que me dejaran seguir trabajando, insistían en que debía ir al hospital para revisar que no tuviera hemorragias internas. No podía dejar todo en ese momento, necesitaba saber si existía alguna relación con Aceves. Cuando volví a entrar a la casa, los forenses ya estaban levantando indicios.

—Últimamente nos vemos muy seguido —dijo uno de los chicos. Para mí es imposible reconocerlos debido al traje y casco que llevan. No sabía si lo decía por bromear, si había estado en alguna de las escenas de la última semana o en todas.

—Supongo —fue la única respuesta que me sentí capaz de darle.

La casa del poeta era tan austera como si se tratara de un monje. Apenas tenía algunos muebles, una cocina sencilla y, eso sí, varios instrumentos de fisicoculturismo.

—¿Ya viste lo que hay en el cuarto de atrás? —preguntó el Lamebotas dándome una palmada que revivió un par de batazos.

—Espero que no más escritores muertos.

Él sonrió y me hizo señales para que lo siguiera. En uno de los cuartos había cerca de una veintena de toneles de plástico. Un par de ellos estaban destapados y se veían llenos al tope de un polvo amarillento.

—Anfetaminas —comentó el Lamebotas al acercarnos—, además de una cantidad enorme de suplementos alimenticios para atletas y cajas llenas de paquetes de esteroides en pastilla.

—¿Algún indicio de que sea el asesino de escritores?

—Hasta el momento ninguno —aseguró—, y la verdad dudo que sea él. Me parece que fue un golpe de suerte que dieras con esto.

—Ya solo nos queda el azar para atrapar criminales —respondí sintiendo que el efecto de los analgésicos no sería suficiente.

—Ya mandaron patrullas al gimnasio donde se supone que está inscrito.

—¿Alguna suerte con la sirvienta de la señora Font?

—Ninguna, como si se la hubiera tragado la tierra.

—Esperemos que no haya sido eso lo que pasó.

Cuando salí a la calle allí seguía José Aranza en su auto, leyendo un libro

con un cigarro en la boca.

—Sería bueno que otra vez fueras a echarle un ojo a tu ex —dije acercándome y dándole una de mis tarjetas.

Arrojó su cigarro a la calle y sin decir más, arrancó. Me sentía mareado y adolorido, tal vez debía hacer caso a los paramédicos e irme a descansar, pero Aceves seguía desaparecido y apenas era mediodía.

—¿Seguirás aquí? —preguntó el Lamebotas leyéndome el pensamiento.

—Sí, quiero saber si tiene alguna relación con los homicidios. Por cierto —agregué después de quedarnos callados unos segundos—, ¿crees que puedas mandar a alguien a vigilar mi casa?

—En seguida —respondió.

Nos despedimos y volví al interior en silencio.

Regresé a las oficinas de la Fiscalía después de las cuatro, con la peor migraña en mucho tiempo. La esposa de Aceves aún no lo había reportado oficialmente como desaparecido, faltaban unas horas para que si quiera le hicieran caso. Pensé en solicitar ayuda a algunos de mis compañeros. Le pedí a uno de ellos que me ayudara a comunicarme al trabajo de Aceves, tal vez alguno de sus colegas tendría información. Le pasé el papel con los datos que me había dado la esposa.

—¿Y piensas que no tengo un chingo de cosas que hacer? —contestó el agente extrañado.

—Te recuerdo que este caso es prioridad —dije tomándolo del hombro.

Él levantó su mano y me golpeó el brazo con que lo había tocado.

—¡Chinga tu madre! —gritó poniéndose de pie.

Tomé una taza que tenía sobre la mesa y la arrojé contra la pared. Se hizo trizas. Me aventó y yo le regresé un golpe. Nos trezamos por unos minutos, para ese momento ya nos rodeaban todos nuestros compañeros. Sus rostros me miraban preocupados. Segundos después ya estábamos separados, sostenidos por varios pares de brazos. El Lamebotas se acercó y me pidió calma. Regresé a mi cubículo entre murmullos. Pasé el resto de la tarde intentando en vano encontrar algún rastro de Aceves. Tampoco habían logrado atrapar a Lua.

Al salir manejé a mi antes casa. No vi ninguna patrulla y estaba atardeciendo. No quise preocupar a Esther. Estaba sentado en el auto, dándole

vueltas a todo. Los analgésicos volvían a perder efecto y el cansancio era cada vez mayor. Pero no podía irme. Me quedé vigilando la casa de mi casi exesposa y mi hija, como solía hacerlo en los últimos meses, sin que ellas lo supieran, deseando ser parte de ese hogar que se había quebrado.

## 10

Desperté en el auto, adolorido y con la cabeza hecha trizas. Mi plan era regresar a casa de madrugada, dormir un poco, darme un baño y regresar por la niña, pero me quedé dormido. Tuve que pasar por mi hija así, por lo menos era temprano. Esther dio un grito apenas abrió la puerta.

—Estoy bien —dije intentando calmarla—, no te vayas a poner mal de la presión.

Lo último que necesitaba era tener que llevar a mi casi exesposa al hospital. Ella de inmediato empezó a preguntarme por los golpes y manchas de sangre. Le expliqué lo que pude.

—Ya me vieron los médicos y estoy bien, solo quería ver que ustedes estuvieran a salvo.

Esther me insistió en que tomara allí el baño, que ella me pondría alguna crema para el dolor donde tenía golpes. Agregó que parte de mi ropa aún estaba en la casa. Cedí ante su gesto de amabilidad. Cuando entré al cuarto, envuelto en una toalla, ella tenía un cambio recién planchado.

—No deberías planchar —comenté confundido por la súbita muestra de cariño—, puede hacerte daño a estas alturas del embarazo.

—Lo hice con cuidado —me sonrió—. Ven, deja te pongo pomada en los golpes.

Me recosté, además del analgésico me dio un masaje por unos minutos.

—Gracias —dije antes de empezarme a vestir en silencio.

—Cuídate —agregó cuando estaba por salir, después me dio un beso sutil en los labios.

—No entiendo —respondí apenas se separó de mí—, pensé que me odiabas.



—Qué pendejos son los hombres —remató antes de empujarme hacia la puerta con una sonrisa.

Dejé a mi hija en la guardería y regresé de inmediato a la oficina a pesar de lo exhausto que me sentía. De camino le marqué al Lamebotas: no había noticias del poeta fisicoculturista. Me informó que en un rato más teníamos junta con el comandante Rubio. Les di los avances en la investigación. Aún indeciso, terminé contándoles de los Novecientos Noventa y Nueve.

—¿De verdad espera que creamos que hay una secta que mata escritores? —dijo Rubio—. No podemos salir a decir eso a los medios, seríamos la burla nacional.

—La prioridad, creo, es encontrar al tipo que te capturó —propuso el Lamebotas—, ya tenemos puesta una alerta sobre él.

—Bien —respondió Rubio—, seguramente es responsable de las muertes, o podemos achacárselas.

Guardé silencio el resto de la junta, me sentía demasiado cansado como para discutir, Lua no era el homicida que buscábamos. Ni siquiera quise mencionar a Patricio Valenzuela.

De regreso a mi cubículo volví a revisar la información que tenía de los tres casos. Tal vez se me había escapado algo. Los reportes forenses no aportaron nada, ni los sistemas policíacos o el internet. Tampoco había noticias de Aceves. Conforme pasaban las horas empecé a sentirme desesperado. Yo sabía que las posibilidades de encontrar vivo al escritor eran cada vez menos.

Después de la comida me entregaron un sobre de parte de la policía cibernética, había olvidado que solicité las claves de las redes sociales y correos de Volta hacía poco más de una semana. De inmediato revisé sus mensajes. No había nada fuera de lo normal: gente que platicaba de libros, planes para los siguientes días, citas a las que nunca llegaría, incluso mensajes de pésame de quienes se enteraron de su muerte y, supongo, descargaron su pena mandándole unas palabras que jamás leería. Me seguí con los correos, debía saber si lo habían amenazado. No encontré ninguna amenaza, tampoco recibió nunca algún mensaje de Patricio Valenzuela.

En ese momento caí en cuenta que con la clave de su correo podía revisar su historial de ubicaciones. Yo era hábil con la computadora y pocos meses

antes había recibido capacitación por parte de la policía cibernética. Aquella vez presumieron que dentro de poco lo único que haría falta para encontrar a alguien sería un buen *hacker*. Por supuesto, todos los mandamos a la chingada. Hasta el momento no se había resuelto ningún caso así, pero no perdía nada intentándolo. Mi corazón se aceleró. El historial de hacía más de siete días mostraba sus caóticos trayectos en Ciudad de México, después su viaje a Guadalajara y sus movimientos ese fin de semana. El penúltimo lugar donde estuvo era aquel edificio en Zapopan y justo un día después de su muerte registraba que el teléfono fue encendido en un lugar de la colonia El Verde. Tal vez era una extraña casualidad o un error en el sistema, no tenía sentido. Decidí que valía la pena revisarlo. Tenía vagas esperanzas de encontrar al asesino de Volta y, tal vez, a Cástulo Aceves vivo. Eran las seis de la tarde, por lo que le marqué a Esther y de nuevo le dije que debía pasar ella por la niña, para mi sorpresa, no hubo pelea. Afirmó comprensiva antes de repetirme que me cuidara. Rubio hacía rato que se había ido a casa, y como no pensaba esperar ninguna orden de mis superiores, yo mismo me puse de acuerdo con mis colegas policías y salimos en un par de patrullas rumbo al lugar indicado en el mapa virtual.

El punto marcado por el teléfono de Volta era una bodega de tantas en esa colonia industrial. Entre los policías y yo dimos una rápida revisión para identificar amenazas, la calle empedrada se veía completamente desierta. Estaba atardeciendo, se había soltado una lluvia fina y constante que daba la impresión de que ya era más tarde. Parecía, por fuera, un lugar abandonado. Un aroma dulzón y desagradable llenaba el ambiente, proveniente de la cartonera ubicada a unos kilómetros del lugar, el olor característico de esa colonia. Ya me habían advertido que las localizaciones del GPS no siempre son exactas; existía el riesgo de entrar al lugar equivocado, pero no había muchas opciones además de forzar la puerta. Entramos con las armas listas, siguiendo los procedimientos para este tipo de situaciones, pero nos encontramos con una bodega enorme y vacía. Lo único en el lugar eran algunas mesas en el fondo, fierros amontonados a unos metros de la puerta y una silla en medio del sitio donde estaba Aceves amarrado.

Me acerqué lentamente, tuve que rodear la mancha de sangre que cubría el piso. Tenía los ojos vendados, sin camisa y con un gran corte en el abdomen.

Mis manos empezaron a temblar. El aroma dulzón del exterior aquí era sustituido por olor a hierro oxidado, pero además, allí a unos metros del cuerpo del escritor, a sangre. Uno de los policías llamó a una ambulancia, su voz y el sonido de la radio hicieron eco en el lugar. Con una mano les indiqué que siguieran. Nuestros pasos, en otra situación apenas audibles, eran como una marcha dentro de la bodega. Casi podían escucharse los latidos desbocados de los policías al registrar cada rincón en busca de alguien. Juraría que se oían las burbujas de bilis dentro de mi vientre haciéndoles coro. Esos primeros minutos pasaron con una lentitud terrible. Uno a uno, mis compañeros me indicaron que el lugar estaba vacío. Volví a mirar el cuerpo sin vida amarrado a la silla y descubrí en su espalda tres números nueve marcados con cortes. El «chingada madre» que grité rompió el silencio sepulcral.

A partir de ese momento el tiempo volvió a correr con velocidad. No solo llegaron paramédicos, sino que se presentaron policías municipales y estatales, además de los forenses. Yo permanecí durante una hora afuera de la puerta de la bodega, vomitando, mirando a la brecha enlodada y sin pronunciar palabra. Al llegar el Lamebotas puso su mano en mi hombro, me pidió que me fuera a casa, que él se quedaría buscando indicios.

—No puedo irme —le dije con la mano masajeando mis ojos—, sé que debe haber algo aquí que nos permita atrapar al asesino.

Guardé silencio un segundo.

—O atraparlos —agregué pensando en los Novecientos Noventa y Nueve.

Permaneció callado, me dio una palmada en el brazo y entró a la bodega. Lo siguiente era llamarle a la esposa del señor Aceves, pocas cosas tan duras como dar este tipo de noticias. Ella rompió en llanto de inmediato, quería venir y verlo por sí misma. No le dije dónde estábamos, no podía permitir que lo viera así, solo le di indicaciones para que reclamara el cuerpo al día siguiente. Estuve hasta las dos de la mañana registrando el lugar. No solo encontramos los restos del escritor, sino herramientas de tortura, una mesa de acero quirúrgico y una pequeña jaula. Los forenses descubrieron viejos rastros de sangre por toda la bodega usando lámparas de luz negra. Ese lugar era un matadero, pero ¿de quién? En uno de los rincones encontramos una cubeta con varios celulares, todos habían sido quemados. Quien encendió el equipo de Volta se dio cuenta de su error y quiso borrar cualquier rastro.

Cuando finalmente me fui a descansar pasé de nuevo por la que fue mi casa. No había señales de la patrulla que debía estarlas cuidando. Ya lo discutiría con el Lamebotas. No podía volver a pasar otra noche en el auto, estaba más que exhausto. Regresé a mi departamento y, contrario a los últimos días, a pesar de lo cansado que estaba, tomé una doble ración de medicamento para dormir. Si no lo hacía seguro pasaría las pocas horas que me quedaban de la noche dando vueltas en la cama, el olor a sangre y los tres nuevos escurriendo en carne viva seguían en mi cabeza.

# 11

Ese jueves por la mañana despertar no fue como salir de una trampa de arena, sino como emerger de una tumba. A pesar del medicamento, no había dormido bien; en vez de eso, habían sido cinco horas de soñar el rostro de Aceves con una expresión de dolor, sus vísceras derramadas y olas de sangre desbordándose por la calle. Apenas recuerdo que pasé por mi hija ese día, lo realizaba todo en automático. Cuando llegué a la oficina no saludé a nadie, supongo que mi rostro debía reflejar cómo me sentía porque todos se apartaban de mi camino. En mi escritorio ya me esperaban los análisis forenses.

Pasé horas en silencio frente al monitor, con los expedientes de los casos desparramados en mi escritorio, intentando descifrar el caso. Para ese momento estaba convencido que los Novecientos Noventa y Nueve eran reales. En la computadora busqué registros del lugar, pero la información era incompleta. Esa propiedad no existía en el sistema, según nuestras bases de datos, se trataba de un baldío, propiedad ejidal. No era raro que hubiera omisiones, pero era sospechoso que ni siquiera la calle figuraba en los archivos. A mediodía llegó un sobre con los resultados preliminares de los forenses. En otras situaciones similares esos estudios tomaban cerca de 48 horas, los análisis completos se llevaban semanas. Alguien, el senador, el comandante o el mismo Lamebotas, estaban presionando al Instituto Forense. Empecé a leer el documento.

Lo habían torturado por horas, el cuerpo mostraba hematomas, cortes y quemaduras, le rompieron los tobillos y las muñecas, lo golpearon en la cabeza con un objeto contundente, lo marcaron en la espalda y le hicieron un corte profundo en el abdomen. Allí dentro encontraron el libro *Meretrices Mortales* de Arturo Belano, envuelto en una bolsa de cerrado hermético. Los

forenses parecían sorprendidos de lo que vieron en la primera página, de la cual me mandaron una foto: tres números nueve escritos con sangre.

A las cuatro de la tarde me entregaron los reportes de las líneas telefónicas de Eusebio González y María Font. Había algo desconcertante: el doctor había hecho un par de llamadas el viernes a media tarde. En el reporte indicaba que el número no estaba registrado, pero fue fácil ver que la señora Font las había recibido. Ella no me mencionó esa llamada el día del taller, y no me parecía que fuera trivial. Ese viernes, poco después, ella hizo una llamada bastante larga a un número que, de nuevo, no estaba registrado. Más tarde, esa noche, el doctor había recibido dos llamadas desde ese mismo número, la última pocos minutos antes de morir. Investigar al dueño de esa línea telefónica llevaría semanas, pues implicaba solicitar información a las empresas de telefonía celular. Aunque empecé el trámite, solo por si acaso, intenté marcarle, pero mi llamada fue directo al buzón.

Conforme pasó la tarde, revisaba como loco la red en busca de información sobre los ahora cuatro escritores muertos, di con el mensaje en redes sociales de la familia de Aceves. Su esposa invitaba a un funeral esa misma noche, no muy lejos de donde vivían. Me quedé inmóvil evaluando asistir. Nunca había ido al velorio de alguna víctima en los años que tenía como agente investigador. No solo me parecía poco profesional, sino morboso. Pero esta vez era distinto: me sentía culpable por haberlo puesto en peligro. Al dejar a mi hija en la que fue mi casa, le pedí a mi casi exesposa que me permitiera pasar a buscar mi traje negro. Ella me miró preocupada.

—Voy al velorio de uno de mis casos, el señor con el que pasamos la tarde el domingo.

Se acercó indecisa a preguntar.

—Sí, lo mataron ayer —dije con calma adivinando su pensamiento, como si fuera cualquier otra cosa.

—Si necesitas venir a casa esta noche te espero —respondió al darme un abrazo.

Me separé de ella sin saber qué responder y me encaminé al velorio. En el lugar flotaba un sentimiento de impotencia. Entré esperando no encontrarme con la viuda de Aceves: la forma como se quebró su voz en el teléfono, cuando le dije que murió, resonaba en mi cabeza. A lo lejos, entre la gente, distinguí a los miembros de la Editorial Paraíso Perdido. Necesitaba hablar

con ellos, tal vez sabrían algo sobre a quién fue a buscar Cástulo, pero no era el momento oportuno. Cerré mis puños y me alejé.

Cuando llegué frente al ataúd, me detuve un segundo y respiré hondo. Habían hecho un buen trabajo maquillando el cuerpo, pero no pude evitar recordar los golpes y quemaduras, los números nueve en su espalda, imaginar el libro dentro de su cuerpo. En ese momento sentí una mano en mi rodilla, era su hijo más chico. Me dijo algo que no entendí. Me hincé con una pierna para estar a la altura de su rostro y el niño me abrazó. Tras él llegó su hermana y se unió al abrazo. Los apreté contra mí pensando en mi propia hija y su futuro hermano. Se agolparon las palabras en mi cabeza, quería decirles que lo sentía pero también prometerles justicia. Eran solo unos niños, la única frase que pude decirles fue que todo estaría bien. Mis ojos se humedecieron. Ellos empezaron a llorar y regresaron hacia donde estaba su madre, quien me veía con ojos de odio. Bajé el rostro y moví los labios deletreando la palabra «perdón». Salí del lugar en pocos segundos, no recuerdo más que sombras a las que pasé con velocidad. Regresé a la que había sido mi casa.

Desconozco qué tan descompuesto me veía, mi casi exesposa me preguntó alarmada si estaba bien. La abracé guardando silencio. Me tomó de la mano y fuimos al que antes era nuestro cuarto. Allí, durante las siguientes horas charlamos, no del caso, sino de los buenos recuerdos que teníamos. Al llegar la media noche nos besamos, la desnudé con cuidado y nos recostamos. Esa noche hicimos el amor con una ternura que nunca habíamos demostrado, buscábamos algo parecido al perdón.

## 12

Al abrir los ojos estaba con Esther.

—Necesito pedirte un favor —le comenté mientras arreglábamos a la niña.

—Dime.

—Quiero que me ayudes a buscar los documentos de una propiedad.

—¿No se supone que tienen una base de datos en Fiscalía?

—No siempre está completa, ya busqué allí y no encontré información.

—¿Pero qué no hay un protocolo cuando eso pasa?

—Sí —reiteré—, pero no tengo tiempo de esperar ningún proceso burocrático.

—Claro —dijo finalmente—, en cuanto llegue te investigo lo que me pides.

Le di la dirección de la bodega en El Verde. Esther insistió en que durante los siguientes días, en lo que resolvía el caso, ella llevaría a nuestra hija a la guardería.

Al igual que el día anterior, mi búsqueda de información era frenética. Revisé una y otra vez las redes sociales, correos y recorridos de Volta, los registros de llamadas del doctor Eusebio González, la información que me habían proporcionado sobre María Font, los reportes forenses de los cuatro escritores. Era como si no tuvieran ninguna relación, con una excepción: según los reportes de balística, había sido usada la misma arma en González y en Font. No había consistencia en los crímenes, sospeché que tal vez se trataban de homicidas distintos. Revisaba informes forenses, indicios, internet, blogs, documentos. Nada. Me sentía en el centro de un laberinto, topando con paredes, con pozos y fantasmas.

A las once de la mañana me llamaron a la oficina de Rubio. En esos



momentos me pareció ridículo que volvieran a interrumpirme. Llegué de mal humor, incapaz de permanecer sentado. Sin embargo, no esperaba la frase con que se rompió el silencio:

—Lo relevo de los cuatro casos de homicidio en los que está envuelto.

Quise decirle que estaba a punto de encontrar algún indicio que me llevara al asesino, o los asesinos, que era cuestión de tiempo. Pero sabía que era inútil discutir. Ante mi silencio, Rubio se dedicó a repetir cuán imbécil y bueno para nada era yo. No solo tenía ahora cuatro muertos, sino que los últimos tres habían fallecido después de mi visita, lo que incluso me convertía en sospechoso.

—Siga con sus labores habituales, ponga sus casos en orden y prepárese para darle la información a un sucesor, desde arriba me han solicitado que lo despida y no pienso meter las manos al fuego por alguien como usted. Pero no se preocupe, declararemos que Raúl Volta se suicidó. Es evidente que dado que el homicidio fue en la colonia Medrano y no hubo sustracción de bienes el señor Eusebio...

—Doctor —interrumpí.

—¡Que ese pendejo estaba metido con el narco! —completó la frase iracundo.

—Supongo que de María Font dirá que fue un asalto.

—Exacto, todos los indicios lo marcan.

—¿Y de Aceves?

—Que fue secuestrado por estar en el lugar equivocado a la hora incorrecta. Es obvio que esa bodega la usan bandas criminales para desaparecer a sus opositores.

—¡Usted sabe que nada de eso es verdad! —grité con los puños cerrados y dando un golpe al escritorio.

—¡Con esto basta! ¡Hoy mismo empezamos un proceso administrativo para ponerlo en la calle!

El Lamebotas me tomó del hombro, me acompañó al pasillo y ya allí me dijo, con voz baja, que él trataría de interceder por mí, que esperara a que se le bajara el coraje al comandante.

—Obedece —agregó—, deja el caso y vete temprano a descansar. Nosotros seguiremos buscando al asesino.

Caminé rumbo a mi cubículo sintiéndome por primera vez ajeno a ese ambiente, a esa oficina donde había pasado una década. Miré los rostros de mis compañeros, muchos concentrados en revisar documentos, otros haciendo llamadas, algunos escribiendo en la computadora. Sabía que en los rincones se estaban haciendo acuerdos para acelerar algún caso, para olvidar otro, para perder una pista o chingarse a alguien. Pero también conocía a muchos de ellos, gente que se esforzaba por hacer su trabajo tratando desesperadamente que toda esa mierda no los acompañara a casa.

Apenas llegué a mi cubículo recibí una llamada, venía del número con quien se había comunicado la señora Font. Presioné el botón para contestar.

—¿Buenos días? —dijo esa persona en el celular—. Tengo una llamada perdida de este número. —Reconocí la voz del que había sido mi primer jefe, quien me había visitado en aquel departamento y siete días después en mi cubículo: era el senador Bianchi. No respondí, dejé que preguntara un par de veces más antes de cortar la llamada.

Apenas colgó, le marqué a Esther. Ya tenía la información y era como si lo hubiera previsto: la bodega pertenecía a una empresa cuyo socio mayoritario era el senador. No tenía sentido, ¿Qué ganaba él con la muerte de Volta? ¿Qué relación tenía con los homicidios de González, Font y Aceves? Además estaba su puesto político, tenía fuero. Si iba a intentar algo contra él debía tener pruebas contundentes. Pero ya no tenía la oportunidad de reunir las, me habían sacado del caso y, probablemente, en cuestión de días me correrían. Necesitaba encontrar la conexión. Él había dicho que su hijo vivía en aquel edificio. Busqué el reporte con las declaraciones tomadas a los vecinos. Al revisar quién lo había realizado me sorprendió descubrir que el Lamebotas en persona le dedicó varios días. Buscaba entre las hojas y finalmente di con el apellido Bianchi. Su vástago se llamaba Patricio Bianchi, y según su declaración, había estado en una cena con su padre ese día, no de viaje como el senador lo aseguró. Podía ser una gran casualidad que también se llamara Patricio, por lo que busqué información sobre él. Obviamente no había registros policíacos, pero tampoco tenía redes sociales. En el internet su información era escasa. Tras navegar y revisar varias ligas que no llevaban a ningún lado útil, llegué a una foto donde salía con su padre. Era el mismo joven de aquella imagen con María Font. Sus ojos hundidos en ojeras, el gesto serio, la mirada a la cámara. Definitivamente era él.

Pasé el resto de esa tarde investigando cuanto pude, que no fue mucho. Aunque ese día ya no tuve que ir por mi hija a la guardería, decidí visitar a mi familia al salir de la oficina. Ya para entonces tenía una teoría de lo sucedido y debía intentar comprobarla. Esther se sorprendió al verme allí.

—¿Todo está bien? —me preguntó cuando pasamos a la sala.

—Sí, solo quería ver que estuvieran a salvo.

—Estamos bien —dijo tratando de sonreír.

—Cúidense —le dije al despedirme, acariciando su vientre.

—Ven —respondió acercándose: me dio un largo abrazo.

—Te amo —susurré a su oído, para de inmediato arrepentirme.

Ella me miró a los ojos.

—Qué pendejos son los hombres —dijo en un susurro—. ¿Más tarde vendrás con nosotros?

—No sé a qué horas termine, aún voy a entrevistarme con alguien.

—A la hora que sea, necesitamos hablar —comentó antes de darme un beso en la mejilla.

Camino a la Torre Maya le marqué al Lamebotas. Le expliqué lo que había descubierto y que intentaría encontrarme con el hijo del senador, de quien sospechaba. Él trató de detenerme, me dijo que había algo que yo no sabía, pero le colgué antes de que me pusiera cualquier excusa.

En la entrada al edificio habían vuelto a relajar la vigilancia, solo estaba un guardia. Le expliqué que necesitaba revisar unos detalles en el departamento que investigábamos.

—¿En viernes? —respondió cauteloso.

—Ni me diga —contesté—, ojalá uno fuera hijo de rico.

Él sonrió y me dejó pasar, no sin antes pedirme que pusiera mi pistola en un cajón. No me gustó la idea, pero esperaba sacarle información a Patricio Bianchi sin llegar a necesitarla.

Toqué el timbre durante cinco minutos sin obtener respuesta. No pensaba rendirme. Debido a la seguridad del edificio ninguno de los vecinos tenía rejas, así que era fácil forzar la entrada. Cuando entré al lugar no parecía muy distinto a aquel de donde habían arrojado a Volta: pocos muebles, algunas pinturas y adornos, alfombras finas. No sabía qué encontraría. Al llegar a un

cuarto, que supuse era su estudio, me topé con un par de libreros repletos. Los libros de Belano ocupaban la repisa superior. Revisé su escritorio sin encontrar nada fuera de lo normal: su computadora, libros y cuadernos que estaba usando. En uno de los cajones guardaba impresiones de noticias que me recordaron a la carpeta de Aceves, información recopilada sobre los Novecientos Noventa y Nueve.

Seguí recorriendo el lugar y di con una puerta cerrada con llave. No era la habitación ni el estudio, tampoco algún baño, clóset o cocina. Me pareció sospechoso, por lo que tambiénforcé esa puerta. Apenas requirió un par de golpes. Era un cuarto pequeño de paredes blancas. En una de ellas estaba una vitrina llena de frascos de vidrio, y en cada uno, una mano cercenada en formol. En otro de los muros vi hojas impresas acomodadas al azar, que mostraban igual imágenes de mujeres heridas, sangrantes, que escenas de ellas andando por la calle.

—¡Las manos a la cabeza! —escuché una voz a mis espaldas, era el senador Bianchi.

—No estoy armado —respondí obedeciéndolo.

—Lo sé, me lo dijo el guardia que me avisó, trabaja para mí. Sus compañeros vienen en camino para arrestarlo.

—¿Y no cree que les interese ver esta habitación? —dije apuntando con la cabeza a la vitrina.

—No tienen por qué entrar. A diferencia de usted, ellos saben que necesitan una orden.

—¿Y a usted no le preocupa lo que hace su hijo?

—¿Esto? —contestó dejando de apuntarme por unos segundos—. Es solo otro de sus *hobbies*. Ya sabe, como escribir poesía.

—Su pistola es Smith & Wesson, calibre .40, ¿no es así? —le pregunté.

—Exactamente —respondió.

—Apuesto a que si hacemos exámenes de balística veremos que es el arma que mató a María Font y Eusebio González.

—¿Se le olvida que soy senador? ¿Que tengo fuero? ¿Que el marrano de Rubio está a mis órdenes?

—Entonces, ¿por qué matarlos? Podía sencillamente callar el asunto de Volta.

—Pienso postularme como gobernador en unos años, por más influencias que se tengan, nunca faltan los vivos que se aprovechan. Seguro que el gordo me iba a extorsionar si le dejaba saber que mi hijo tenía algo que ver con esto.

—¿Y en vez de eso prefirió matar a dos personas? ¿Incluso a su amante?

—Examante —dijo mientras me hacía señas para que saliéramos del cuarto—, María y yo nos dejamos de ver hace mucho tiempo.

—Pero, ¿por qué matarla?

—Por histérica —respondió cuando salimos al pasillo—. Después de que el viejo aquel le habló y le dijo que se acordaba de Patricio, que tenía que ver con lo de Volta, ella le habló a mi hijo. Él siempre la quiso mucho, era como una segunda madre, así que le confesó que lo había matado. Ella me amenazó con hacer público todo, no era capaz de guardar el secreto.

—Y usted le dijo que la visitaría para tranquilizarla y la mató en su propia casa. Después fue por el profesor.

—Vaya, si nomás tiene la cara de pendejo.

—¿Todo esto para proteger a su hijo?

—Uno es capaz de todo por ellos —respondió levantando el arma—, como matar al único agente que sabe la verdad.

—Ya no tardan mis compañeros ¿Qué les dirá?

—Que me intentó atacar, después de todo está en propiedad privada.

Dejé de mirarlo, a mi izquierda estaba un ventanal que permitía ver toda la ciudad. Estábamos en el último piso y desde aquí se contemplaba la alfombra de luces que era incapaz de ocultar la contaminación. Pensé en mi propia hija, en el futuro niño que nacería.

—¡Baje su arma, senador! —gritó la voz aguda del comandante Rubio.

—Finalmente llegan —respondió el senador—. ¡Llévense a este hombre! —comentó sin dejar de apuntarme.

—Está usted arrestado por el asesinato de la señora María Font —dijo el Lamebotas que estaba también en la sala, apuntando con su propia arma a Bianchi. Detrás de él entraban agentes de la Fiscalía y policías.

—¿De qué chingados habla?

—Localizamos a la sirvienta de la señora Font —respondió el Lamebotas—. Ella estaba escondida cuando usted asesinó a la señora Font, fue testigo. Sabía quién era usted y apenas pudo huyó a la ciudad de su familia. Nos costó

encontrarla.

—Se arrepentirán —amenazó el senador mientras arrojaba su arma.

—Tal vez les interese revisar aquel cuarto —indiqué la puerta del pasillo por donde acabábamos de salir el senador y yo.

—¿Qué hay allí, Castillo? —preguntó el comandante mientras pasaba a mi lado.

Los demás agentes esposaban a Bianchi cuando escuchamos un grito agudo provenir del cuarto. Apenas salió Rubio, se hincó y empezó a vomitar. El Lamebotas me miró interrogante y le indiqué con un gesto que fuera a ver.

—¿Qué demonios es eso? —reiteró el comandante cuando recuperó el habla.

—El cuarto de trofeos de Patricio Bianchi. Él mató a Volta y a Aceves, el senador aquí presente asesinó a González y Font para ocultarlo. Los de balística podrán confirmar que las balas vienen de esa arma.

El comandante Rubio me miró silencioso, cerró un puño y golpeó la pared. Dio órdenes a los demás agentes de llevar al senador a una de las oficinas del ministerio público. Él en persona se encargaría del proceso. Después dio la orden a otro de los agentes de ir a su casa a buscar otra camisa, aseguró que pronto habría cámaras y no podía salir con una manchada de vómito.

—Vete a casa, Castilla —me dijo el Lamebotas—, ahora sí necesitas descansar.

Como si lo hubiera invocado, empezó a sonar mi celular. Era José Aranza.

—Buenas noches —respondí.

—¡Está aquí! ¡Necesito tu ayuda!

—Calma ¿Quién?

—Lua está aquí, en el departamento de Jessica, acabo de verlo romper el seguro de la puerta y entrar, ella está adentro.

—¡Voy a mandar policías! Llego en unos minutos. ¡No entres!

Me colgó. Yo sabía que no esperaría. En ese mismo momento recibí una llamada de Esther. Pensé que no era el momento para atenderla. Me guardé el celular y emprendí la carrera a mi auto en el estacionamiento.

Cuando llegué al edificio de departamentos de Jessica, ya estaban un par de patrullas esperándome.

—Voy a entrar primero, esperen órdenes —dije mientras subíamos al piso

de la chica. Apenas entré al departamento, pude ver a la poeta en el suelo, sangrando de la nariz, visiblemente golpeada. Tiberio Lua sostenía a Aranza por el cuello con la mano como si fuera un muñeco.

—¡Suéltalo! —ordené apuntando mi pistola.

—Vaya, mi saco de golpear —respondió arrojándolo. Se llevó la mano a la espalda, mostrándome un cuerno de chivo.

Di un paso hacia adelante, detrás de mí entraron los policías con sus armas desenfundadas. Él sonrió y me apuntó con su fusil, accionándolo. A mi disparo siguieron los de mis refuerzos. Su cuerpo cayó como en cámara lenta, la sangre que emergía de los balazos cubría libros, hojas y pinturas. Al final solo se escuchaba el martillo de nuestras armas, ya sin balas, y el zumbido de su rifle automático.

Minutos después llegaron ambulancias, forenses y más patrullas. Yo resulté con un rozón en el hombro, pero uno de los policías había recibido los balazos en pleno rostro. Jessica Midori y José Aranza iban de camino a urgencias, ninguna bala los alcanzó, pero el fisicoculturista realmente los había lastimado.

—¿Dos veces en una noche? —preguntó el Lamebotas cuando estaban terminando de vendarme.

—Pinche viernes —respondí—, ya no estamos en edad para tanta fiesta.

—Ahora sí, vete a casa.

—Gracias, Sánchez —le dije dándole, ahora yo, una palmada en la espalda.

En ese instante saqué el celular y vi más de veinte llamadas perdidas, lo desbloqueé y miré los mensajes que me había mandado Esther. Lo único que alcancé a decirle a mi compañero es que mandara refuerzos y ambulancias a mi casa. Manejé tan rápido como pude. Cuando llegué, encontré la reja y puerta exterior abiertas. En el suelo de la sala estaba mi esposa tirada en medio de un charco de sangre. Me hincué de inmediato y la levanté tratando de ver si podía ayudarla. En ese segundo, recordé a mi hija, a la que empecé a gritarle enloquecido. Ella bajó las escaleras llorando, me abrazó y permanecimos allí, junto al cuerpo de mi esposa, hasta que llegaron los paramédicos.

## 13

Despierto, como siempre, a las seis y media de la mañana. Doy una vuelta y estiro mi brazo para apagar la alarma. Tengo el sueño muy ligero, apenas duermo. Prendo la luz en el cuarto de mi hija, que ya estaba a esas horas mirando su tableta.

—Cámbiate —le pido—, y guarda eso. Ya nos regañaron en la escuela porque pasas demasiado tiempo viendo videos.

Después enciendo la luz en el cuarto de mi hijo, quien da una vuelta en el colchón y se tapa el rostro.

—Levántate de una vez —le ordeno acostumbrado a batallar con él cada mañana.

Después de dejar a la niña en el kínder, mi hijo se queda en la guardería. En menos de un año él también entrará a la escuela.

Llego a las oficinas de la Fiscalía y me espera un paquete. Con solo ver el remitente se me eriza la piel. Viene de parte de Arturo Belano desde Civitavecchia, Italia. Me pongo guantes de goma y lo abro con cuidado. Es el libro 5666, de ese autor, y viene acompañado de una carta escrita a mano. Me gustaría decir que en tres años he olvidado esos días, pero los tengo presentes cada noche: Esther en terapia intensiva, los doctores diciéndome que podían salvar al bebé, pero ella tenía escasas posibilidades de recuperarse, que era cuestión de tiempo, el reporte forense donde se indicaba que ella había sufrido múltiples cortes, dejándola en agonía para que yo la encontrara apenas viva. Constantemente me he preguntado qué habría pasado si, en vez de ayudar a los poetas, hubiera regresado a casa. Tal vez ella no habría muerto.

Nunca capturamos a Patricio Bianchi, a pesar de la orden de aprehensión y que el caso se volvió famoso. Supongo que, debido a sus recursos, salió



pronto del país. Su padre, el senador Fernando Bianchi, no se cansaba de repetirnos que tenía contactos, que sabía secretos que muchos no estaban dispuestos a dejar salir a la luz, que el desafuero no procedería y entonces sabríamos lo que es bueno. No contaba con que un chivo expiatorio, de vez en cuando, ayuda a limpiar la imagen pública de la clase política. No duró en la cárcel ni una semana, amaneció con la garganta abierta en lo que llamaron una pelea desafortunada. Sobre por qué Patricio mató a Volta, gracias a correos y documentos encontrados en su computadora, determinamos que estaba por publicar un libro de poesía realvisceralista y quería que el escritor hiciera la introducción. En alguno de los mensajes a amigos suyos decía que lo obligaría, que había logrado convencerlo de quedarse en su mismo edificio, en un departamento que rentaban mediante internet unos pisos abajo del suyo, justo antes de la Feria del Libro, y aprovecharía para visitarlo. Suponemos que cenaron y bebieron ese día, cuando Volta se negó rotundamente a escribir esa introducción, Patricio enloqueció. Desconocemos por qué no hubo lucha, pero es probable que ambos estuvieran en el balcón y bastó un simple empujón. En un mensaje que envió a un supuesto contacto de los Novecientos Noventa y Nueve, explicaba que había lanzado desde el décimo quinto piso a un escritor que gustaba de hablar mal de Belano, y después había pintado la señal de la agrupación como advertencia. También mencionaba a Cástulo Aceves como otro impío que recibió castigo. Nos quedó claro que estaba en pleno episodio psicótico. De Aceves solo me queda suponer que logró contactarlo y, al verse amenazado, lo raptó y torturó para sacarle todo lo que sabía. Estoy convencido que así fue como obtuvo mi tarjeta e investigó mi dirección con algún contacto aquí en la Fiscalía. Las manos en formol que estaban en su departamento se correspondían, según los forenses, con el ADN de las manchas de sangre encontradas en la bodega. Después de meses de realizar análisis, lograron descubrir el nombre de cuatro de las víctimas, todas mujeres en situación de «desaparecidas». Una de ellas era la escritora Margarita Vedeu. El comandante Rubio aseguró haber sido quien dirigió la investigación para capturar a Bianchi y con eso descubrir a un peligroso asesino serial. A los pocos meses fue ascendido a procurador y, hasta donde sé, da cursos sobre este tipo de criminales en varias universidades del país. Sánchez, el antiguo lamebotas, se convirtió en mi nuevo jefe.

La carta que acompaña al libro está firmada por Patricio Valenzuela.

Después de saludarme, me asegura que trabaja para los Novecientos Noventa y Nueve. «No como poeta, sino con mis otras habilidades, que al parecer les son más útiles», apunta. Pregunta por mis hijos y si por fin me ascendieron. Dice que había visitado México hacía unos días y pensó en mí, pero que el trabajo estaba en Coahuila y Guadalajara no le quedaba de paso. «Tuvimos que darle una lección a un narrador al que se le iba la lengua», dice al final de la carta y termina con una pregunta: «¿No le parece terrible que los narradores se burlen de los poetas?».

Hago acopio de voluntad para no romper la carta. La guardo en una bolsa estéril. Tomo el libro, al tenerlo de frente me doy cuenta que la portada está de cabeza respecto al contenido. No parece casualidad. Visto así, la imagen de una niña en una silla a medio desierto me recuerda, por alguna razón, a la de aquel escritor desangrado en la bodega. El título también cambia, pero no sé si es una broma. Sé que difícilmente los del Instituto Forense encontrarán algo que sirva para saber de dónde lo enviaron, si acaso puede dar nueva información a la solicitud de captura que se hizo a través del Departamento de Relaciones Exteriores. No me queda más que esperar a que él cometa algún error. Antes de guardar el libro para análisis, pienso en otro, el único que conservo en mi cubículo, la novela del señor Aceves. La encontré rematada hace un año, precisamente en la Feria del Libro. Una cinta en la portada indicaba que era una obra póstuma, espero hacerme del tiempo para leerla.

En un par de horas deberé de salir a recoger a mi hija de la escuela y llevarla a la guardería con su hermano, comer algo y regresar al trabajo. Vuelvo a las carpetas pendientes, aún seguimos desbordados de casos por resolver, rebasados por la delincuencia y el caos. Todos en la ciudad avanzamos, dando de codazos y gritando, sin darnos cuenta, hacia un oscuro abismo.

# AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi esposa, por ser primera lectora, por soportarme en estos días de obsesión, semanas de insomnio, meses de estar con la mente en otra parte.

Gracias a mis padres y hermanos, por su paciencia, ánimos y apoyo en todo momento.

Mi agradecimiento por siempre a Elizabeth Aceves, Edna Montes, Nylsa Martínez, Alejandro Juárez e Ignacio Kublai, por sus lecturas, correcciones, charlas y reflexiones.

Gracias a Luis Martín Ulloa, por sus anotaciones a esta novela y por ser mi maestro, lo que soy en la literatura lo debo en gran medida a sus talleres, guía y paciencia.

Gracias a Héctor Palacios y Rafael Villegas (integrantes del CRUNCH), por su lectura inmisericorde, las correcciones certeras, su amistad y las cenas compartidas.

Gracias especiales a Paty Bazaldua, que no solo fue lectora sino guía en el complicado mundo policíaco, asesora precisa y siempre dispuesta a responder a mis dudas. Esta novela le debe muchísimo.

Gracias a Rosalinda Cornejo, que ayudó en un momento crítico del proyecto.

Gracias totales a Antonio Marts y James Nuño, que no me dejaron renunciar a pesar de hartarlos con mis dudas y reflexiones neuróticas, por haberse convertido en, más que amigos, mis hermanos. Que el proyecto siga creciendo.



Esta edición  
de *Novecientos noventa y nueve*  
fue impresa en la ciudad de Guadalajara  
en noviembre de MMXVIII  
por Pandora Impresores, S.A. de C.V.,  
Caña 3657, Col. La Nogalera, 44470,  
*pandoraimpresores.com*

En su composición  
se usaron las fuentes **Calluna** de 9, 11 y 19 puntos  
y **Boomer Slab** de 12, 14 y 26 puntos